ARNALDO VISCONTI

# El Galante Aventurero



4 PTS

## EL FANTASMA DE LOS FOSOS

PROVENSAL

Primera edición Diciembre de 1949

Impreso en
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA


El
FANTASMA
DE LOS
FOSOS

# PRIMERA PARTE

## NÉMESIS

# Capítulo I

## MACABEOS

En la licenciosa, disoluta y sangrienta Venecia, las noches encubrían, con sus sombras, intrigas de todas clases en las numerosas góndolas que por los canales y bajo los puentes desfilaban maniobradas por indiferentes y discretísimos gondoleros.

No todo era placer, ni todas las *felzas* de cortinillas corridas amparaban secreteos galantes o políticos.

Había una góndola cuyos tres ocupantes hubieran escalofriado al más valiente con sólo verles, y con más razón si hubieran sabido a qué macabro menester se dedicaban.

Aparecía los sábados hacia la medianoche. Como *barcaroli* empuñaba la larga pértiga un sujeto deforme, que vestía una corta túnica negra que le llegaba a las rodillas.

Sus piernas nudosas y arqueadas estaban ceñidas en calzas rojas, y sus anchos pies, llenos de juanetes, estaban moldeados por pantuflas de puntera retorcida y puntiaguda.

Parecía más pequeño de lo que era, por la anchura del torso, giboso en hombros y pecho.

Su rostro redondo, de ojillos malignos y pitañosos, ostentaba mofletes colorados, cejas hirsutas y labios gruesos. También mostraba frecuentemente sus dientes ralos, porque su respiración era fatigosa, y parecía como si la lengua, que con frecuencia sobresalía de sus labios, le ocupara demasiado espacio en la boca.

Su cráneo estaba cubierto por espesa pelambrera rojiza, rizosa, que, enmarañada, le daba aspecto de carnero.

Pero lo más sobresaliente en aquel monstruo eran sus manos enormes, erizadas de vellos rojizo, de dedos como morcillas, y pulgar ancho de espátula.

Al andar, aquel engendro, que respondía al seráfico nombre de Querubini, se bamboleaba pesadamente, y sus largos brazos hacían rozar las anchas manos con las arqueadas pantorrillas.

Para ultimar lo estrafalario de su aspecto, la pértiga que empuñaba, en lugar de redondo remate, terminaba en triple garfio semejante a un grueso anzuelo de pesca mayor.

En la camareta sentábase una pareja que, si no físicamente, era psicológicamente más repulsiva aun que el deforme Querubini.

Ella…, mujer, porque llevaba faldas y corpiño, era alta, huesuda, con los negros ojos muy juntos, apenas separados por la delgada nariz corva, roída por una úlcera seca.

Su boca, semejaba el tajo producido por un corte de bisturí en carne de malsano color blanco. El mentón, puntiagudo, avanzaba como el espolón de un gallo.

Y alrededor de esta faz irónica, desdeñosa y amenazadora, erizábanse grises crines moteadas de negro, con lo que su cabeza, estrecha y ovalada, semejaba estar aureolada de sierpes.

Carlota Broffa habitaba un sótano cercano a la Piazzeta, y era muy respetada, porque sabía leer el porvenir en los posos de infusiones de hierbas, y en unos raros naipes procedentes, según ella, de una tumba egipcia, adivinaba los avatares de cuantos la consultaban.

De cada cien consultantes, había siempre alguno a quien el azar de su destino hacía coincidir con las muchas predicciones de Carlota Broffa, lo cual aumentaba el prestigio de la pitonisa.

Su esposo, Giamo, poseía la inefable risita de un pobre demente. Pero era la apariencia de su semblante zorruno, porque su cerebro era agudo, y era el tiránico déspota que infundía respetuoso miedo al monstruo de Querubini y a la bruja de Carlota.

Friolero, iba siempre envuelto en mullida hopalanda cerrada desde los pies hasta el cuello, y hondamente encasquetado un gorro de piel, sólo eran visibles de su persona las delgadas cejas, la corta nariz ancha, los delgados labios y la larga perilla canosa, así como sus manos blancas, gordezuelas, ágiles de movimientos.

Unas manos de artista, decía, orgullosamente, Carlota Broffa.

La alquimia no tenía secretos para Giano Broffa, aunque llevaba cuarenta años dedicado a la ridícula búsqueda de la piedra filosofal y a la transmutación del plomo en oro, sin resultados positivos.

Pero en lo que sí obtenía crecientes mejoras era en el arte de embalsamar cadáveres.

Pretendía que, con el tiempo — contaba vivir cien años, ya que bebía un elixir de vida de su fabricación—, lograría resucitar a los ahogados.

De momento, se contentaba con “practicar” el arte de embalsamar los “macabeos”.

Así llamaba el trío a los ahogados, y el triple garfio de la pértiga de Querubini servía para pescar “macabeos”.

—La góndola roja, amor mío—indicó, dulcemente, Carlota Broffa.

Su marido emitió la risita acostumbrada, que sonaba como un cascabelillo. Se frotó las manos, dignas de un artífice monástico.

—Promesa de botín, cordera mía—musitó, regocijándose —. ¡Querubini, hijo mío!

El monstruo agitó la cabezota, y su ancha boca se dilató en sonrisa horrenda.

—Sigue la góndola roja, pero con prudencia. No quisiera yo que los esbirros de Monseñor Mancini nos convirtieran en “macabeos”.

Rió alborozado el monstruo, y Carlota Broffa hizo un dengue que significaba que su esposo era un dechado de talentos, que se dignaba ser gracioso.

Rasaban góndolas, de las que brotaban eco de canciones, besos y risas. Venecia vivía principalmente de noche.

Y los Broffa dedicábanse a “pescar” los sábados por la noche, porque era conjunción de horóscopos favorables, según el Libro de Helión y Menos, tesoro de Carlota.

En la góndola roja apareció un hombre apuesto, ya maduro, ricamente vestido. Llevaba en brazos a otro, cuyos brazos, cabeza y piernas colgaban inertes...

“¡Floc!”, y la góndola siguió su camino...

Querubini, con la lengua fuera, como el colegial qué se aplica a hacer buena letra, dió vuelta a su pértiga...

Removió las aguas del canal, y rió grotescamente, agitando la cabezota, respirando afanosamente...

Por la contracción de los músculos de los gibosos hombros, adivinó Carlota Broffa, que “predijo”:

—Un “macabeo” ha sido pescado, vidita.

Giano Broffa calculó la brevedad de la inmersión, ya que Querubini había sabido pescar inmediatamente al que acababa de ser arrojado de la góndola roja, de Gino Mancini.

Murmuró, moviendo las manos en signos cabalísticos :

—Esta noche haré resucitar a este “macabeo”, cordera.

Querubini desprendió el triple anzuelo de la ropa del ahogado, sobre el cual arrojó rápidamente un ancho lienzo negro.

—Al nido, hijo—ordenó Giano Broffa. Y añadió : —Si antes de cantar la lechuza, el advenimiento de la hora cero de la noche del Saibatth un “macabeo” es extraído del canal, es presagio favorable.

Poco después, amarrada ya la góndola bajo un puente, abría Carlota Broffa una portezuela en la declinante curva de la arcada.

Querubini, cargando sobre su espalda al "macabeo”,. bamboleóse en el obscuro pasadizo, hasta descender peldaños y penetrar en la sala-laboratorio de Giano Broffa.

El alquimista-embalsamador encendió cuatro linternas, colgantes de cada esquina de la sala, mientras su esposa encendía los cuatro hogares de leños que caldeaban el antro donde Giano Broffa comía, “trabajaba” y dormía.

Tendido sobre larga mesa quedó el cuerpo húmedo. Giano Broffa emitió su risita:

—Id a impetrar el favor de mis antepasados protectores, porque tal vez esta noche resucitaré materia muerta.

Fuéronse los otros dos. Giano Broffa creyó fácil devolver la vida a quien no llevaba señal alguna de herida…

Desistió, al comprobar que un poderoso veneno había terminado con la existencia del yacente.

Lo desvistió, para dedicarse a embalsamarlo. Al arrojar contra el suelo el brodequín de tela del cadáver, pestañeó.

Uno de los dos zapatos pesaba mucho más que el otro. Asió un largo cuchillo afilado y cortó en la suela del brodequín más pesado.

Extrajo un cuadrángulo formado por dos delgadas planchas de hierro unidas entre sí por hilo de plata que las envolvía apretadamente.

Limó el hilo de plata, separó las dos planchas, y un folio entre dobleces, totalmente escrito, apareció.

Intrigado, Giano Broffa empezó a leer, colocándose bajo una linterna, de espaldas al fuego de uno de los cuatro hogares:

> "Yo, Loredan Corvineli, secretario particular del conde Gino Mancini, jefe efectivo de los agentes del espionaje y defensa de Venecia, hago relación sucinta de hechos que deben llegar a conocimiento de La Señoría en caso de mi muerte:
>
> "A quien hallare este escrito, conmino y le exijo sea el casual agente de Nemesis, diosa de la Venganza, para…"

Afanosamente iba leyendo Giano Broffa. Cuando terminó, pese a las cuatro fogatas, temblaba.

¡Era un secreto terrible!… Volvió a colocar el papel doblado exactamente igual entre las dos planchas. Las cosió.

Y, mirando respetuosamente al muerto, murmuró :

—Has sabido hablar aun muerto. Pero… ¿debo yo complicar mi quieta y hermosa existencia mezclándome en secretos de esta índole sangrienta y terrorífica? No sé qué hacer, messer Corvindi…— añadió, acercándose a la mesa y empuñando unas tijeras—. Por de pronto, te embalsamaré. Y mañana por la tarde decidiré, después de un buen reposo merecido, si quemo tu voz escrita, que creo será lo más razonable.

Mientras, Carlota Broffa, junto con Querubini, dedicábase a grotescas invocaciones, soplando en ancha fuente que contenía cenizas, asiendo de vez en cuando una pata de gallo, y anudando y desanudando en ocasiones una piel de culebra.

El monstruo, colgante la lengua y ladeada la cabeza, asistía a todos los manejos de la bruja, poseído de gran fervor crédulo…

# Capítulo II

## LA GALLOFA SE REÚNE

Atribulados, seis personajes, mollinos y tristes, reuníanse alrededor de una carreta, cuyos dos bueyes rumiaban ahítos ante el pesebre del establo que hacía las veces de caballerizas en la taberna más renombrada y pintoresca de Venecia: “II Facchino”

El Doctor, Rosaura, Colombina, Polichinela, Arlequín y Scaramucia, aguardaban en vano al Aventurero...

Era ya el mediodía, y en la noche anterior había desaparecido Bruyant Lartiguers, el gascón del loro hablador.

Había, prometido regresar al filó del amanecer, porque decía que el mejor lecho era mullida paja con calor de establo limpio.

Rosaura y Colombina enjugaban furtivamente lágrimas. Y el Doctor, levantándose agitado de cuando en cuando, daba paseos cortos, ensimismado.

Por fin, ya cercanas las dos de la tarde, se decidió. Tenía que hablar con Giorgio Facchino, el *bravi* propietario de la taberna, un rufián elegante de parla achulada, que había hecho gran amistad con el gascón...

Giorgio Facchino acababa de acicalarse, y estaba de buen humor. No obstante, miró torvamente al viejo comediante, que le estaba esperando en el rellano alto del piso donde moraban Facchino y sus criados.

—Buenas tardes, señor Facchino.

—Si es cuestión de soltar “mosca”, malas tardes para ti, Doctor. Paga anticipada, paga viciada... —dijo, virtuosamente. .

—Es referente a Bruyant.

—¿Qué le pasa al machote de Bruyant?—inquirió Facchino, solícito.

—Ha desaparecido...

—¡Bah!... Estará por algún palacete de bella dama.

—Estaba cansado, y prometió regresar al alba. Y tengo..., tenemos todos la seguridad de que le ha pasado algo.

—¿El loro?

—Estaba con él.

—¡ Sapos!—gruñó, inquieto, Facchino.

Había hecho grandes cálculos y fundado muchas esperanzas en las recolectas que obtendría gracias a la afluencia de público, asegurada por las representaciones de Bruyant y su loro, cuyas chocarrerías placían enormemente a los concurrentes a “II Facchino”.

—Pensaré—prometió—. Pensaré— repitió, dando a entender que realizaría aquel esfuerzo considerable en aras de su amistad por el gascón.

Alejóse el Doctor, esperanzado. Sabía que Facchino era un a modo de rey de la gallofa, y que todos los maleantes de los barrios bajos le respetaban como a un antiguo maestro triunfador, que había sabido retirarse a tiempo.

Dedicóse Giorgio Facchino a la importante misión de comer. Tal vez en toda Venecia pocos eran los que comían con tanta exquisitez como el *bravi.*

Saboreando un licor añejo como digestivo, llamó:

—¡ Vizconde!

Un criado robusto, de ojos estrábicos, se aproximó.

—¿Dónde está el loro?

—Ocurre algo extraño, patrón.

—No me digas—guaseó Facchino, arrastrando las silabas.

—Está mañana, Fioretta barría como es su obligación la salida posterior. Encontró esto, patrón.

De entre su camisa y la piel extrajo el bizco un objetó aplanado, que Facchino examinó de reojo, desconfiado.

—¿ Qué es esta inmundicia, cochambroso?

—Una pluma, patrón. La encontró Fioretta en la esquinaa de los Cuatro Cantones.

—Los Cuatro Cantones, ¿eh?,..—farfulló Facchino.

Cogió la pluma, en cuyo arranque había sangre seca.

—No se la arrancó mi compinche, ni tampoco el

loro se la quitaría. Y en los Cuatro Cantones, ¿.eh?

¡ Tunantes!

Sorbió otro poco del licor, poniendo los ojos en blanco.

—Vizconde. Reúne a los demás, y que los tacones os den en las nalgas a toda marcha. Dentro de dos horas, ¡aquí todos los “principales” de la gallofa !

* * *

Dos horas después, reuníanse en la gran sala los “pelo en pecho”, los “verdaderos”, los “duros”, la gante de bronce de Venecia.

Eran jefecillos de banda. Rateros, asesinos a sueldo, embaucadores, falsos tullidos mendicantes, gondoleros “para todo”, cantores espías, nigromantes y toda clase de maleantes.

En el centro de la sala, Giorgio Facchino, sentado en escabel puesto sobre una sólida mesa, semejaba el rey recibiendo en audiencia a malcarados y andrajosos súbditos.

Destacaba aún más su rebuscada elegancia, por lo que a

vestimenta se refiere.

Hurgábase la oreja con el meñique, y cuando el criado bizco, ayudado por otros dos, cerró la puerta, Giorgio Facchino escupió, para aclararse la garganta.

—Ya estamos todos. Y si falta alguno, se le ha acabado el trabajar en Venecia. No tengo tiempo que perder..., y hay que ventilar la sala, porque no quiero que mis clientes pierdan la sed y el apetito al entrar. Iré al bulto. Ayer noche un compinche mío. porque el hombre del loro es mi compinche, se metió a la gente en el bolsillo. Y su loro me proporcionará montones de "sonantes". ¡Sí, sí!...—canturreó—. Esto era así hasta que algún tunantón, hijo de perra, se dijo: "¿Un loro que habla con salero?". Y en la esquina de los Cuatro Cantones aguardó con algunos, y seguramente empleando la manta echó la *tapatta* a mi compinche y su loro. Esto es lo que ha ocurrido.

Se levantó Giorgio Facchino, y movió los dedos de la diestra en gesto clásico:

—¿Quién ha "afanado" mi loro? ¿Quién es el mal nacido que ha osado robarme a mí? ¿Es que no hay ya moral ni respeto? ¿Dónde vamos a parar? ¡Robarme a mi!...

Escupió con vehemencia, y su semblante expresaba tristeza...

—¡Qué tiempos, qué tiempos!... ¿Es que no soy yo el padre de todos vosotros? ¿No os he dado siempre buenos consejos, y os he advertido de los peligros de robar y matar sin ton ni son? ¿No os he sacado de apuros cuando iban mal dadas? ¿No soplé buenos trucos para desvalijar limpiamente a imbéciles incautos? ¿Entonces...? ¿Así recompensáis mis desvelos? Vuestra negra ingratitud me deprime. Aquel de vosotros que baya tenido un mal momento, a tiempo está de arrepentirse. El arrepentimiento a tiempo es propio de tipos de pelo en pecho. Ahora..., el tapujo, la traición, el empedernido mantenerse en equivocada postura..., ¡esto no lo perdona Giorgio Facchino!

Y cruzándose de brazos, adquirió el *bravi* una postura olímpica. Nadie rechistaba. Todos asentían.

Una voz tímida, insinuó :

—No sabía yo... que el loro y el tipo eran compinches tuyos, señor Facchino.

Raudo, el *bravi* giró la cabeza, y sus negros ojos, se clavaron en el que acababa de hablar.

—Bien, bien, bien... Hola, Scarpino. Te gustó el loro, ¿eh? Quisiste mi ruina, ¿eh?

—Yo no sabía que tú...

Giorgio Facchino abrió los brazos, tomando como testigos a los demás reunidos.

—Reconozcamos en Scarpino ausencia de mala intención contra mi persona, ¡Vuela, tunante! Tú y tus mozos, ¡ya mismo aquí con los dos “fardos”!



*—Yo soy la culpable de lo que ha sucedido.*

* * *

En una zahúrda cercana a la Piazzeta, tres hombres sentados alrededor de una mesa miraban al animal que, encadenado por una pata, graznaba gruñidos inarticulados.

En un rincón, tendido en el suelo, Bruyant Lantiguers, amordazado y fuertemente amarrado con cuerdas, dormía, agotado,

después de sus inútiles esfuerzos por romper mordaza y cuerdas.

—¡Habla, mal bicho!...—mascullaba uno de los tres.

Agotada la paciencia, otro conminaba:

—¡Lorito guapo, guapo lorito!...— Y aguardando un instante, sin obtener respuesta, añadía: —¡ Cuando vuelva Scarpino, me como este infecto bicho frito con cebollas!

"Coclicó" paseaba irritado hasta donde se lo permitía la corta cadena. Lanzaba de vez en cuando estridentes chillidos. Después, miraba con sus redondos ojos coléricos los tres semblantes de los que decíanle toda clase de imbecilidades en inútil espera de respuesta.

—Está visto que sólo habla cuando habla el juglar.

—O estará acatarrado—dijo otro.

—Es que no rechista...

—¡Al que rechiste le parto los dientes!—graznó por vez primera el loro, agitando las alas.

Los tres rateros, pegándose grandes palmadas en los muslos, rieron abundantemente, mirando embelesados al loro parlanchín.

—¡Qué majo!

—Talmente una persona.

—Es un tesoro. Parece un viejo borracho. ¡Nos hincharemos! Anda, Luigi, dile otra cosa. Por lo visto, le has caído en gracia...

Pero cuantos esfuerzos hacía el llamado Luigi resultaban inútiles. Así les sorprendió Scarpino.

Venía con cara larga. Señaló al prisionero:

—¡Cargad con la manta! ¡Giorgio Facchino no "traga"!...

* * *

Como el reyezuelo que espera tributo, contempló GiorgioFacchino, que hasta entonces había conversado de asuntos del "ramo" con los demás, como Scarpino, con sus tres cuadrilleros, depositaba contra la mesa al amarrado gascón, sobre cuyo hombro vino a colocarse el loro.

—Fuera la mordaza—ordenó Facchino—. Y cortad... Oye, compinche...—añadió, dirigiéndose a Bruyant—. Estos cuatro tunantes sintiéronse listos. Por un casual me dió el palpito, y, reuniendo a la gallofa, saqué la cosa en limpio. Es ley nuestra que, como ofendido, y por considerarte de los míos, digas lo que hacemos con estos cuatro... estos cuatro "renegados"...

Bruyant, ya suelto, empezó a frotarse los brazos para restablecer la circulación.

Sonreía, pero sin ninguna alegría.

—No lo siento por mí... ¡Lo siento porque he faltado a una palabra sagrada! Anoche juré ayudar a un compinche, y falté... ¡por

culpa, de estos tunantes! Acepto tu oferta, patrón... ¿Cuál es el jefe de esto; “robaloros”?

—Avanza, Scarpino—ordenó Facchino.

Prudentemente abrieron círculo los más cercanos. Scarpino, robusto y conocedor de todas las tretas, avanzó apoyadas las dos manos en el cinto.

—Scarpino, te voy a cascar...—anunció Bruyant.

—¡ El loro, el loro!—recomendó, velando por sus intereses, Facchino.

Chilló Bruyant, y “Coclicó, oliéndose lo que iba a sobrevenir, revoloteó hasta posarse en el travesaño del respaldo de la silla ocupada por Facchino, que murmuró, extasiado:

—¡ Sabe más que la suegra del diablo este gavilán !

Scarpino, cabeza gacha, observaba las manos del gascón. Bruyant señaló la punta de su bota:

—¡Mira ésta, sabihondo!

Esquivó Scarpino el puntapié, pero no previo que el ágil bandolero, saltando, movió en tijera las dos piernas.

El impacto en su estómago hizo que Scarpino, que estaba desenvainando, se doblará hacia adelante.

En alto las dos manos entrelazadas, las abatió el gascón sobre la nuca del que cayó de bruces, sangrando copiosamente por narices, boca y oídos.

—El golpe del conejo—anunció, satisfecho, el gascón—, ¡ Que se lleven a este pillo! Y dando gracias a la justicia del patrón Facchino, declaro que allá donde os encuentre a vosotros cuatro, os haré trizas. He dicho, y dicho queda.

—Bien hablado—aprobó Facchino—. ¡Vosotros! ¡ Llevaos a Scarpino, y os aconsejo que partáis de Venecia! Quedáis... ¡ desterrados por un año! He dicho. Los demás, podéis largaros. Suerte y pupila.

—Salud, Facchino.

—Prosperidad, señor Facchino...

Todos iban desfilando. Descendió Facchino de la mesa, y vino a colocarse junto al gascón, sobre cuyo hombro estaba ya el loro.

—No estés de mal humor, compinche. Todo se ha arreglado.

—Falté a la palabra empeñada a un hermano de armas.

—Pero no ha sido por culpa tuya, hombre. Tráemelo aquí, y yo se lo explicaré, ¡caramba!

—¡ Caramba, qué opípara cuchipanda!—hizo eco el loro.

Rió Facchino con fruición, mientras el gascón empezaba a devorar las viandas que el bizco había traído a la señal de su amo.

—¡Anda! ¿Qué querrá ese esperpento?—musitó Facchino—. Venid acá, micer Broffa... Ya que no os vais como los demás, es que

algo queréis vomitar. No tengo a nadie que quiera embalsamarse, y por lo tocante a mí, todavía estoy fresco y sano...

Giano Broffa avanzó, con miradas cautelosas…

—A solas, señor Facchino. Una consulta.

—¿Una consulta a mí? ¡Sapos! ¿No tenéis a vuestra linda Carlota para consultar? Un momento, compinche. Vuelvo en seguida.

En uno de los palcos, micer Broffa extrajo de debajo su hopalanda dos láminas de hierro cosidas con hilo de plata.

Susurró:

—Aquí está contenida, señor Facchino, la voz de un muerto.

—Y a mí, ¿qué?

Es un terrible secretó. ¿Conocéis a messer Loredan Corvineli?

—¿Quién no?

—Lo he embalsamado,

—¡Sapos!... Entonces, ¿"espichó"?

—Anoche, al filo de la hora cero, fué arrojado al canal desde la góndola roja.

—¡Lagarto, lagarto!...—invocó Facchino, haciendo horquilla con su índice y meñique-—. Loredan la góndola roja, embalsamado... Todo esto me huele muy mal. Aclarad.

—Loredan escribe y acusa en nombre de Némesis.

—Y esta Némesis, ¿quién es?

—La diosa de la Venganza. Acusa en este escrito de asesinos a los condes Mancini y Muzio...

—En los asuntillos de los de "arriba" no es bueno meterse, micer Broffa. Vos que sois hombre de estudios, deberíais saberlo.

—Precisamente por esto he venido a consultaros, señor Facchino. Nada he dicho a mi cordera...

—Ni le digáis. Bien: ¿y qué es lo que queréis de mi?

—Que estudiéis este escrito. Después, decidid. Es peligroso, pero también puede suponer una gran fortuna, porque al denunciar a La Señoría obtenemos...

—Un momento, un momento... Si tan claro está, ¿por qué no habéis echado esta denuncia, a la Boca de León del Dux? Añadiendo vuestra firma, ya teníais la herencia.

—Es que falta algo.

—¡Ah, vamos! ¿Y qué es ello?

—Un documento que posee el conde Muzio, Es la prueba final, tras la que iba Loredan Corvineli.

—Ya. Y vos lo habéis embalsamado. No quiero yo correr la misma suerte. Bien, dejadme este escrito; si veo posibilidad, os lo comunicaré, micer Broffa.

—¿A medias?

—Descuidad, que si me dan veneno, ya os haré llegar la mitad

de lo que trague. Pero os repito que, en los asuntillos de los de “arriba”, mejor es no meterse. Abur, micer.

Poco más tarde, Giorgio Facchino se sentó ante Bruyant, que daba rodajas de tomate a su loro.

—¿Va mejorando el temple después de engrasar el estómago?

—Me revienta pensar que me he perdido una buena diversión, y, además, he faltado a la palabra que le di a mi jefe.

—¿Tu jefe?

—Un caballero de los de verdad, que se había propuesto asaltar, contando conmigo, la góndola roja,

—¿ Otra vez ?

—¿La asaltaron ya?

—No, no... ¿Y para qué se propuso esto tu jefe? ¡Gachó! Hateen falta muchos reaños para meterse con el conde Mancini. ¿No ves, palomo, que es el Dux de las tinieblas, y tiene a sus órdenes todos los espías, esbirros y verdugos de Venecia?

—Por esta misma razón, mi patrón se ha propuesto terminar con el sombrío terror de ese mequetrefe.

—¿Quién le paga?

—¿A quién?

—A tu jefe.

—Nadie, Vamos a ver si logro hacértelo comprender: el señor Luys Gallardo es diferente de nosotros. Un ejemplo: encuentra un tesoro y lo regala a una pareja de enamorados pobres...

—¡Ah, vamos! Es un “primo alumbrao”...

—¡Es un caballero de los de veras!

—Bueno, compinche, no te enfades. Estábamos en que se había propuesto acabar con el conde Mancini. ¿Qué “tajada” sacaba?

—Vamos a dejarlo, Facchino. En tu mollera no cabe la idea de que simplemente por... caballerosidad, por afán de jugarse la vida limpiamente, por correr siempre riesgo poniéndose de parte del débil contra el más fuerte, un hombre acometa empresas grandes.

—A mí me fue bien, porque siempre fui partidario de la ley de “cuatro contra, uno, tres se salvan”, y procuré ser de los tres que se salvaban. Oye: me gustaría: conocer a tu patrón. Tiene que valer mucho para que tú te lo tomes tan en serio.

—No me atrevo a ponerme delante de él... Estoy avergonzado.

—¿Tú, avergonzado? ¡Sapos, sapos!... Tu señor Luys Gallardo tiene que ser un gran tipo. Tendré que conocerlo. Bueno, me voy a dar un vistazo a la faena de los otros. Y oye, no vayas a estar mustio esta noche. Vendrá el “todo” Venecia.

Giorgio Facchino enterró la declaración de Lorenzo Cipriani sin siquiera leerla. No quería complicaciones...

# Capítulo III

## LA LLANTINA DEL ESCUDERO COBARDE

La noche anterior, al disponerse a partir Bruyant Lartiguers hacia el palacete de Olimpia Steno, reiteró la orden de Luys Gallardo a su escudero Bembo.

Pero el piamontés, aunque admitiendo que su falta de agilidad le incapacitaba para tomar parte en el asalto a una góndola repleta de esbirros y verdugos, pensó que presenciar desde prudente distancia lo que iba a suceder le agradaría.

Por los detalles que Frambuesa expuso, le fué fácil reconocer el palacete. Se apostó en el malecón opuesto, completamente amparado por la densa sombra de una ancha columnata.

Vió llegar una góndola, de la cual fueron saltando furtivamente negras siluetas… Contó hasta seis.

—Pocos son—calculó.

Su amo, Bruyaní, los otros tres gascones, el francés Revers y los dos españoles, representaban una fuerza poderosa…

Volvió a esconder la cabeza al ver acercarse una gran góndola de color anaranjado.

Tripulada por seis enmascarados y dos encapuchados, era seguramente la góndola que debía ser asaltada por su amo.

Se detuvo, y de ella descendió un hombre, que penetró en el palacete, a la vez que reanudaba la góndola roja su deslizar, alejándose.

Pasaron minutos… Vió salir a dos negras siluetas, portando cada una, a hombros, una desvanecida figura femenina.

Desaparecieron por el malecón. Poco después, un desasosiego creciente se apoderó del mirón.

Veía como las negras siluetas echaban en la góndola en que habían venido, cuerpos desmadejados.

No reconoció los tres primeros, porque eran Revers d’Estoc , Cayo y Policarpo…

Pero reprimió un grito de angustia al reconocer en otro de los inertes transportados a Frambuesa…

Después, a Respingón y Vinagre… Y, por último, a Luya Gallardo.

La góndola empezó a deslizarse hacia la izquierda. Bembo, sollozando, corría en las sombras siguiendo la góndola que llevaba a su amo…

Vió como, después de recorrer aproximadamente un cuarto de legua, deteníase bajo una gran arcada, y allí los vestidos de negro,

con la ayuda de soldados que acudieron, vaciaban la góndola de su humana carga.

Atravesó el puente, corriendo. Llegó cuando, bajo la arcada, los soldados cerraban la gran reja.

Permaneció indeciso, sintiendo miedo, deseos de gritar, llorando, porque veíase insignificante, cobarde, incapaz de hacer nada...

Pasó media hora... Un soldado se aproximaba en ronda de vigilancia.

—¡Eh!—llamó.

Bembo, erizado el cabello, abandonó su asiento, que era, piedra del arco del gran puente.

El soldado se aproximó. El aspecto inofensivo del gordinflón, sujeto le hizo colocar de nuevo su lanza sobre el hombro...

—¿Qué hacéis por aquí, buen hombre?

—Nada...

—Circulad.

—¿Podríais... decirme qué edificio es ese señor oficial?

Halagado por el ascenso, el soldado contestó, amistoso:

—Los Fosos, y bien veo que sois forastero, porque, de lo contrario, no hubierais inquirido para saber lo que todo, veneciano sabe: éstas son las cárceles..., y os libre el Cielo dé visitarlas, porque... si fácil es entrar, difícil y casi imposible es salir. Conque... seguid camino, forastero.

Vacilante, como un beodo, Bembo alejóse, sin rumbo. Lloraba silenciosamente, mesándose los cabellos...

¡Era un cobarde! Se había contentado con ojear, sin acudir en auxilio de su amo, sin compartir su suerte...

Inconscientemente, sus pies le llevaron hacia el palacete de Olimpia Stena... También inconscientemente, recordó que no había visto a Bruyant Lartiguers entre los desvanecidos prisioneros.

Desesperado, abatióse más que sentóse, derrumbándose, en el umbral del palacete.

Así le encontró una joven que, saliendo del palacete, encontrábase también al borde de la suicida decisión de lanzarse al canal...

Hermosilla, ignorante de que era Violeta Mancini, sólo sabía que se encontraba sola, y que Gino Mancini, también ignorante de la verdadera personalidad de ella, acababa de irse una hora antes, anunciándole que la vida de Revers, y los demás dependía de su... sacrificio.

La insana pasión del conde Mancini era la causa de que los españoles y el francés Revers hubieran sucumbido...

Y ella era la principal culpable, se acusaba, por haber inspirado

al conde Mancini una pasión incontenible. Nada había hecho ella para que Gino Mancini la asediara con su capricho deshonesto...

Pensando en que se hallaba sola, sin consejo, y que Gino Mancini la aguardaba, durante el día, habiendo puesto precio a la vida de Revers, sus padres adoptivas, y el galante: aventurero, que fue su principal defensor, Violeta Mancini, plena de zozobra, no sabía a dónde ir ni qué partido tomar.

Veía en las grises aguas el fin..., porque desconfiaba de que su sacrificio, la entrega dé su virtud, hicieran cumplir la palabra a Gino Mancini.

Atormentada, se detuvo, no obstante, ante la aflicción de aquel hombre rechoncho, que lloraba como un niño perdido...

—¿Qué os sucede, señor?—preguntó ella, inclinándose sobre el que, abatido, lloraba entrecortadamente, con hondos suspiros.

Bembo sacudió la cabeza, y repitió las palabras del soldado:

—Seguid camino.

—Profunda es vuestra pena, señor...—Y la dulce voz de la que también sufría era invitadora.

—Mi amo..., preso, y yo, cobarde escudero...— empezó a decir, incoherentemente, Bembo—. No estaban muertos... Narcotizados..., porque, despierto, a mi amo le hacen falta veinte hombres por lo menos... ¡Dejadme, buena dama! ¡Soy un vil cobarde indigno de... comer pan!

—¿Vuestro amo?...

—¡El caballero don Luys Gallardo, el mejor de los paladines!

—¿Vos... sois escudero de don Luys?

—Soy el cobarde Bembo, el desagradecido Bembo... Aquí vivo, mientras mi amo yace prisionero en el lugar de donde nunca se sale... Seguid camino, buena dama... Yo soy un trapo, un pelele... Me tiraré al canal... No quiero ya vivir...

—Yo soy la culpable de lo que a vuestro amo ha sucedido, Bembo.

El piamontés se incorporó a medias, clavando urna mirada amenazadora en la que tan dulcemente hablaba reconociendo ser la culpable...

Vió un rostro angelical bañado en lágrimas...

—Soy Hermosilla—dijo ella—. Y también yo quiero morir. Ayer era feliz, protegida por el caballero Gallardo y amada por el caballero Revers... Ahora..., ¿a qué vivir? Gino Mancini, por la traición, ha vencido... ¡Le mataré! ¡Sí! ¡Iré..., y cuando crea que he sucumbido a su despreciable pasión, le daré muerte!

¡Sí, mataría a Gini Mancini, ya que no podía salvar sus afectos y amores. Y huyó, acuciada por la repentina y obsesionante idea.

* * *

Bembo, agotado al amanecer después de caminar sin rumbo, como alucinado, durmióse rendido bajo un puente.

Atardecía cuando despertó. Estaba en la Piazzeta. Maquinalmente, como un muñeco provisto de movimiento, pero sin alma ni cerebro, dirigióse por la callejuela de los Cuatro Cantones a las caballerizas de “II Facchino”.

Corrió cuando oyó el inconfundible graznido de “Coclicó” y la burlona voz de Bruyant.

¡ Tenía alguien a quien confesar su despreciable cobardía! ¡Y alguien valiente, audaz, que tal vez...!

# Capítulo IV

## EL QUE LO SABÍA TODO...

El vasto palacio del Dux dividíase en tres dependencias bien distintas. El ala izquierda, fastuosamente amueblada, estaba destinada a recepciones y fiestas.

En el centro, morada del Dux Steno y los diez consejeros que componían La Señoría, se hallaban los cuerpos de guardia y las salas de reunión ordinarias.

El ala derecha, de mucha menos altura y magnificencia, era un conglomerado de piedras grises, sin más adornos que profusión de rejas en estrechas aberturas..

Eran los fatídicos Plomos, Fosos y Cisternas, cuyas tres divisiones y apelativos correspondían a los tres subterráneos que en escala descendente contenían, respectivamente, a los procesados, a los condenados a pena más o menos larga, y a los “definitivos”, que se extinguían lentamente en voluntario olvido.

Como antesala de los sótanos, había dos estancias. En la primera reuníanse los diez y el Dux para juzgar casos ordinarios.

En la segunda, cuya puerta posterior comunicaba con los Plomos y las salas de verdugos, solían oficiar tres jueces para casos extraordinarios.

Por aquel mediodía reuníanse tres personajes en la severa sala segunda. Simbolizaban la dura ley justa e implacable, haciendo honor al lema veneciano: “Por Venecia, mata y muere”.

Porque íntimamente cada uno de aquellos tres personajes, en apariencia insensibles, fríos y calmosos, sufrían en doble herida: familiar y patriótica.

Entre sí no habían aún cambiado comentario alguno. Uno de ellos, ocupaba sillón más elevado: era el Dux Steno.

A su derecha e izquierda, en un plano inferior, sentabáse, respectivamente, Andrea Luchesi y Piero Grimani.

Oficiaban a modo de ujieres robustos esbirros de permanente estancia en la galería de los Fosos.



*Mancini pisoteó con salvaje regocijo...*

En las sesiones privadas, permanecían fuera de las cerradas puertas. Y tal hicieron cuantío en la sala penetró Gino Mancini, seguido por Galeazzo Muzio.

Ambos florentinos, saludaron con flexible gracia respetuosa. Y sabían dar a sus semblantes una ascética expresión.

—Al servicio de Sus Señorías—dijeron ambos, empleando la fórmula ritual, cuando los que aparecían ante aquel tribunal eran meramente testigos.

El Dux Steno, rígido, sin inflexiones en la voz, que martilleó incisivamente, habló :

—Funesta noche para Venecia, conde Mancini, aunque

esperamos que vuestros informes, si no consuelo, darán alivio a nuestra patriótica ansiedad. Explicad detalladamente el hallazgo fúnebre, que ha sido oprobio y ludibrio para tres familias principales de Venecia.

Gino Mancini habló, con voz impregnada de melancolía:

—Las patricias Olimpia Steno, Loretla Grimani, Giana Luchesi, fueron halladas cerca del amanecer en la góndola sonrosada que había encallado en las liberas entre los juncos de Fusina, al otro lado de la Gran Laguna.

—¿Halladas por quién?—preguntó, duramente, el Dux Steno.

—Quiso el Azar que agentes especiales del conde Muzio, en patrulla de vigilancia por las riberas, dieran con la góndola, comunicando rápidamente a su jefe, aquí presente, el hallazgo.

—¿ Qué medidas han sido tomadas con la patrulla?

—Se componía de tres hombres. Personalmente, el conde Muzio, al servicio de Venecia, y en evitación de que trascendiera: tan fatal noticia, dió de su propia mano muerte a los tres agentes.

—Seguid vos, conde Muzio —dijo el Dux, con voz amable.

—En la góndola embarrancada hallábanse las tres patricias en compañía de tres extranjeros, cuyas fichas existentes en nuestro archivo secreto advierten que se dedicaban al intento de recoger informes para el reino inglés, que en la actualidad, en buena armonía con Milán, tiene puestas infames miras sobre Venecia.

—Hecho conocido. Las patricias Olimpia Steno, Loretta Grimani y Giana Luchesi, ¿cómo hallaron la muerte?

—La evidencia desagradable hace suponer...

—¡ Suposiciones, no! ¡ Hechos!—exigió, tonante, el Dtíx.

—...Permite asegurar, Señoría, que fueron estranguladas por los tres espías ingleses, pudiendo deducirse los hechos de la siguiente manera:

“Las tres patricias—fue diciendo con aplomo el propio estrangulador de Olimpia Steno, escuchado atentamente por Gino Mancini, que ordenó la estrangulación de Loretta Grimani y Giana Luchesi—, según informes, solían preferir la compañía de personajes forasteros y no venecianos. Constan pruebas de que Olimpia Stewa fué a Rugieri y Sansovino en busca de caballeros espías. Indudablemente, por las pruebas que los agentes de La Señoría han hallado en el palacete de Olimpia Steno, y que sólo Sus Señorías han leído, después de habernos informado por nuestra obligación, constituían ellas tres la asociación llamada las Damas de la Noche.

Tomó resuello el rufián. Prosiguió, con claridad:

—Es de creer que, por fin, su condición de patridas venecianas se sobrepuso. Dieron veneno a los tres espías, pero,

desgraciadamente, dicho veneno era de acción lenta, y ellos tuvieron tiempo, en lucha desenfrenada, de estrangular a las que..., en última hora, murieron como dignas venecianas.

—¡Muerte infamante tuvieron, tal como vivieron! Y gracias a vuestro celo, señor conde Mancini, y señor conde Muzio, se evitará el escándalo que supondría que Venecia supiera que mi hermana, la nieta del senador Grimani, y la hija del senador Luchesí, conspiraban... Vos, que todo lo sabéis, conde Mancini, ¿estáis en condiciones de afirmar que no trascenderá esta noticia?

—El más impenetrable secreto rodea los hechos, Señoría.

—Al igual que me acuso por no haber vigilado más severamente a mi hermana, debo haceros constar ahora mi reproche, conde Mancini. ¿Cómo no lograsteis averiguar quiénes eran las Damas de la Noche antes de que... hallasen muerte infame?

—Por 1a traición de Loredan Corvineli, Señorías.

Aquella noticia asombró a los tres jueces.

—Lo supe a última hora, Señorías! Loredan Corvineli actuaba en alianza con Olimpia Siena. Con mi propia mano anoche le di muerte, sepultándolo en el canal. Ha sido nombrado en su substitución Tazio Azeglio, jefe efectivo a las órdenes del conde Muzio, en espera de que Sus Señorías ratifiquen el nombramiento.

—Venecia agradece vuestros servicios, conde Mancini, como a vos, conde Muzio, y seréis recompensados. Por... constituir vergüenza familiar, hemos decidido, que los restantes consejeros no sean informados de este asunto, que, por haber cesado de ser peligroso para Venecia, damos desde ahora por concluso y ultimado.

Los tres prohombres abandonaron la sala, saludados rendidamente por Mancini y Muzio, que repitieron:

—Al servicio de Sus Señorías.

Galeazzo Muzio permaneció en silencio hasta que se cerró la puerta.

—Asunto concluso y ultimado, Gino. ¿ Y tu Hermosilla ?

—Vendrá... Y ahora, iré a visitar a su amor.

—¿ Su amor?

—Sí... Se enamoró perdidamente del caballero misterioso llamado Revers d'Estoc . Un pobre rival, puesto que está alojado en las Cisternas.

* * *

Un carcelero, suspendida al cuello por recias, correas una gran perola, iba echando a diestro y siniestro, como si sembrara, pedazos de carne y trozos de pescado.

Anidaba por un sendero de losas, ancho de unos tres metros, que corría todo a lo largo del tercer departamento de los Fosos.

A derecha e izquierda, unos hoyos que por techo tenían rejas de probada e indestructible solidez, contenían a los que nunca volverían a ver la luz del sol.

"Mejor uno, nunca dos, siempre tres", era la máxima, que significaba que en aquellos hoyos debía de tres en tres recluirse a los condenados a eterna prisión.

En un compartimiento, debido a la reciente orden de encerrar por nacionalidades, había dos hombres, Dos franceses...

El carcelero, agigantada su apariencia de sembrador, por la permanente luz oscilante de las linternas, recorría el húmedo espacio.

De vez en cuando, un agudo chillido anunciaba que una rata demasiado audaz era rechazada en su intento de comer lo que a un prisionero pertenecía.

El capitán corsario Juliot Legars sacudió por el hombro al joven que hacía unas diez horas había sido introducido en su hoyo.

—¡Despertad, señor!

Revers d'Estoc, aun bajo los efectos del poderoso narcótico, pestañeó. Miró en rededor, sin comprender.

Por el suelo, un charco pestilente, destilación del canal. Por paredes, cuatro leprosas rocas lisas, veteadas por la humedad: Por sillón, un banco de la misma piedra. Por techo, rejas...

Juliot Legars, compasivo, tendió en su ancha mano un pedazo de carne y otro de pescado.

—La comida, señor—dijo, en italiano.

Revers d'Estoc fué recordando... La tarde, de excepcional dulzura en compañía de Hermosilla, mutuas promesas balbucientes... La noche... ¡Y aquel despertar!

Se incorporó, asiéndose las sienes entre las manos...

—¿Dónde estoy?

—Los Fosos, Hay quien se salva—añadió Legars, compasivo.

Revers d'Estoc crispó las mandíbulas. Distendió sus tendones, y sus manos rozaron las rejas... en salto airado.

—No lo intentéis, señor—aconsejó Juliot Legars. —Si lográis aferrar los barrotes, os aplicarán tizón ardiendo en los dedos... Anoche lo "olí"; debió ocurrir en hoyo cercano.

Juliot Legars masticaba su ración. Denegó Revers la nueva oferta que le hacía el corsario.

Por espacio de una hora larga calló Revers d'Estoc, sumido en atroz tortura mental. No sólo habíase esfumada toda esperanza de hallar paz casándose con Hermosilla, sino que su obsesiva razón de vagabundear, dar muerte a "Juliot Legars", quedaba incumplida.

¡No podría matar a Juliot Legars!

Juliot Legars trató de consolar al joven:

—Dicen que hace años... una revuelta popular abrió las puertas de los Fosos. Sois joven, amigo mío, y fuerte. Tened esperanza.

Revers d'Estoc miró al hombre con el cual iba a compartir tal vez años y años un estrecho espacio que era tumba en vida.

Vió a un hércules de rostro virilmente bronceado, que hablaba de tormentas, pasiones, remordimientos. ..

—¿Quién sois?

—Un mísero afortunado, porque, para mí, morir en este lugar, es casi un misericordiosa final. Y vos, ¿quién sois?

—¡Revers d'Estoc! —gritó en aquel momento una voz, ampliada por el eco de las bóvedas.

Alzóse sobresaltado el Par de Francia, hijo de Legars y Juana Praviel.

—¡Aquí!—clamó el joven.

Juliot Legars, pensó: “Un francés...”.

Oyéronse unos pasos aproximarse. Gino Mancini, detonante en su atuendo riquísimo, hizo una leve reverencia.

—¿Sois vos el caballero francés que responde a los extraños nombres de Revers d'Estoc que ha gritado el carcelero?

—Yo soy.

—Permitid que me de a conocer : soy el conde Mancini.

Revers d'Estoc sentóse. Sus ojos ardían, y en su frente una vena se hinchó.

Gino Mancini continuó, melifluo:

—Me conceptuasteis en muy poco, vos y los españoles. Y caro pagáis el error. Si os ha de acompañar en vuestras largas horas, saber que Hermosilla os adora...

Juliot Legars, semitendido, con las manos enlazadas a la nuca, las crispó con, fuerza.

“¿ Españoles..., Hermosilla ?...

—No obstante, admiro vuestra caballerosa intención de defender a la gentil Hermosilla.

—Cobarde hiena...—farfulló Revers d'Estoc—. ¡Si no en la tierra, bien hallarás castigo a tu maldad! Y... ¡con saña y crueldad pagarás, tenlo presente!

—Juventud, juventud...—murmuró, amablemente, Mancini—. Siempre impetuosa y románticamente cándida. ¿No os interesa saber lo que será de vuestra adorada Hermosilla?

Revers d'Estoc saltó. Esta vez sus manos se aferraron a las rejas. Gino Mancini pisoteó con salvaje regocijo los dedos del hombre amado por Hermosilla...

Dejóse caer el francés, espumeantes los labios de coraje.

—¡Aborto inmundo!

—Sosegad, amigo—aconsejó Juliot Legars.

—Sabia resignación la de vuestro compañero de hospedaje gratuita, que también, como vos, es francés. Un rincón de Francia que generosamente os he dado en suelo veneciano.

—Vete, desgraciado...—conminó Juliot Legars. Había tanto desprecio hiriente en su frase, que Gino Mancini, inclinado sobre el hoyo, palideció.

—¿Desgraciado, yo,?—rió, siniestramente.

—Libre eres y poderoso te crees, Gino Mancini. Pero encadenado estás a tu ambición, y pronto hallarás duro castigo. También yo, como el joven Revers, te lo presagio. ¡ Morirás a manos de quien menos esperas! ¡A manos de quien más quieras! ¡Por ésas!—Y besóse el corsario el pulgar y el índice, cruzados. —¡Marcado está en tu sino!

—¿Acaso eres mago, estúpido? Todo lo sé..., y largos años viviré rodeado de placer y riqueza, mientras vosotros aquí os pudriréis... ¿Y sabes, Revers, quién vendrá a alegrar mis horas hoy mismo? ¡Tu Hermosilla!

Cayó arrodillado en el charco Revers d'Estoc, hundiendo el rostro entre las manos, sollozando...

Juliot Legars se alzó, y su brazo derecho enlazó los hombros del joven atormentado. Escupió con fuerza, y Gino Mancini, manchado el rostro, frotóse con pañuelo de encajes, tremante de rabia...

—¡Irás al verdugo!—amenazó.

—¿Lo sabes todo, imbécil?—rió, burlón, el corsario—. ¿Todo? Pues... aprende algo que ignoras. Hace veinte años en Livorno... ¿Te estremeces, desgraciado?... Hace veinte años en Livorno yo recogí a una niña abandonada. Le llamaron Hermosilla dos españoles. ¿Sabes quién es Hermosilla? ¡Es tu hija, es Violeta Mancini Cipriani! ¡Anda, ahora! Ríe..., tú que todo lo sabes.

Gino Mancini tambaleóse... Comprendía ahora los extraños escrúpulos que la noche anterior, instintivamente, le acometieron al verse a solas con la que creía una española huérfana...

Miró con terror al corsario, que en pie, erguido el busto, desafiaba, siempre enlazando los hombros de Revers d'Estoc, que ahora iba alzándose, sorprendido.

—Y tú..., ¿quién eres, francés?—balbució Manir

—¡Qué importa! Vete, desgraciado... Pero si queda en tu negra alma un resquicio de hombría..., ¡acuérdate! ¡Es tu hija! Y este muchacho la quiere. Aun puedes con un gesto reparar años y años de maldades y ruin perfidia...

—¿Quién eres?—repitió Mancini, como si oyera a un fantasma.

Juliot Legars se encogió de hombros, y volvió a sentarse, porque ya Revers d'Estoc, apaciguado, permanecía quieto, expectante.

Gino Mancini fué retrocediendo, y de pronto, corriendo como

alma perseguida por espectro justiciero, atravesó los Fosos, y febrilmente, encerrado en su gabinete, leyó la declaración escrita que Lorenza Cipriani había entregado a Olimpia Steno.

Párrafo tras párrafo, devoró...

> "...y hoy, un francés llamado Juliot Legars, preso por inspirarme sospechas, ha puesto la última claridad en esta triste historia: la gentil encajera llamada Hermosilla es Violeta Mancini, la hija de mi hermana Leonora y Gino Mancini..."

En la puerta llamaron, y asomó el *bravi* de servicio.

—La señorita Hermosilla espera ser recibida, Excelencia.

# Capítulo V

## EL LORO MUDO

Bembo tardó media hora en hacerse comprender del todo. Cuando terminó su incoherente relato, Bruyant Lartiguiers, densos los claros ojos, palmoteo el hombro rechoncho del escudero.

—Cálmate, Bembo. Nada podías tú hacer contra tantos esbirros. No tienes que hablar de suicidios ni ayunos. Vete a llenar la panza, que ya veré yo medio de que don Luys, no se mustie en los Fosos.

Giorgio Facchino, inspeccionada la sala, estaba de buen humor. Aquella noche acudiría mucha gente a ver al “truhán simpático del loro”, como llamaban los que habían oído y visto a1 Bruyant.

—Hola, hola—sonrió torvamente, porque no sabía sonreír de otro modo, al ver acercarse a Bruyant—. Faltan dos horas, y nos vamos a hinchar de recoger “sonantes”.

—Dime, compinche: ¿qué tal los Fosos?

—Lagarto, lagarto ...—rezó Giorgio Facchino, haciendo horquilla con dos dedos, en exorcismo ferviente—. A quien entra allí, más le valiera haber “pringado” al nacer.

—Ya...

—Pareces mustio. Recuerda que has de graznar con este encanto de pájaro a las nueve.

Sentóse Bruyant pesadamente. “Coclicó”, por instinto, sabedor de que su amo no estaba como siempre, adoptó postura desmadejada...

—Hazte cargo que estamos mudos, Giorgio. Esta noche no seré yo ni mi loro los que asomemos por el tinglado.

Giorgio Facchino se derrumbó, y con ansiedad, apoyados los codos en la mesa, recurrió a la grandilocuencia :

—-¡ Sapos! ¿ Me vas a hacer esto a mí, a tu compinche, al que te dió amparo y albergue?...

—Menos—atajó el gascón—. Que mi buen trabajo me costó, y tuve que aflojar la mosca para que tú aceptases.

—Pero ¿qué te ocurre, compinche?

—No puedo trabajar, y sin mí “Coclicó” es un loro mudo, que si no te lo dejaría para que hicieras tú el oso en mi lugar.

—¿No puedes trabajar? Pero... ¿por qué? Estamos ya como carne y uña, truhán. Somos hermanos, ¿no? ¿Me vas a dejar en la estacada? Esta noche se llenará mi pocilga... Si no asomas, destrozan e incendian mi sala... No me abandones, gachó...

—No tengo tripas para reír ni hacer reír, Giorgio...

—Grave veo que es la cosa. Anda, dime, que a lo mejor entre tú

y yo lo arreglamos.

—Mi jefe.

—¿Qué le pasa al señor Gallardo?

—Lo han encerrado en los Fosos.

—Amén—murmuró el *bravi*—. Dalo por más muerto que mi pobre abuela, que yace yerta y fría hace veintitrés años.

—Vivo yo…, así tenga que levantar al pueblo, secuestrar al Dux, envenenar las fuentes…, ¡todo lo haré para sacar a don Luys de los Fosos; palabra de Bruyant!

—Mira… Esta noche, a las nueve, tu loro ha de graznar… Mañana, será otro día…

—Abur, Giorgio…— E hizo ademán de levantarse el gascón.

—Espera, hombre, espera… Podría ser que… ¡No, no, nada! ¡Es imposible! ¡No hay solución!

—Adiós, Giorgio. No me volverás a ver. Te dejo a "Coclicó"…

Con repentino asco miró el *bravi* al pajarraco.

—¿Y qué hago yo con este bicho que sólo habla si hablas tú? Aguarda, compinche. ¿Qué pretendes?

—Lo que sea, pero no me estoy brazos cruzados. Coparon también a Frambuesa, Respingón y Vinagre…

—Bueno, hablábamos tan sólo de don Luys, el español. Le cogí aprecio, sin conocerlo, por aquello de que es tu patrón. ¿Qué pretendes?

—Morir matando—dijo enfáticamente el gascón entreviendo una esperanza en el Rey de la Gallofa

—Hombre… ¡Y esta noche precisamente, que vendrá todo Venecia! Mira, en los Fosos, está tranquilo don Luys. Deja pasar unos días y… ya veremos.

—Visto está. Dame una copa, y me voy…

—Pero, ¿a dónde, so "pasmao"?

—A los Fosos.

—No hay quien entre… Mejor dicho, no hay quien salga. ¡Vizconde!—llamó—. Trae del mejor turco. ¡Veloz! Remojando el gaznate, quizá se te aclare el juicio, que lo tienes ahora "entelarañado", compinche de mis entretelas. Calma, calma…

Sirvióse del vino sin bautizar, a gollete, y pasó la botella al gascón, que adoptaba unía sombría expresión de decidido a todo…

—Al grano, gachó. ¿Tienes cien ducados?

—Tengo.

—¿Y… te sobran?

—Según para qué, cómo, dónde y cuándo.

—Hay un medio… Hace, pues…, déjame pensar…, siete años y unos meses que lo empleé para sacar a un hermano, que luego se hizo ahorcar el muy ingrato, antes de devolverme los cien ducados

que me costó la faena limpia y especial.

Se puso en pie.

—¡Vizconde! Si preguntan por mí, di que no sabes dónde estoy. Y si insisten, di que no le importa a nadie dónde ando. Respetuosamente, ¿eh gandul? Vamos, compinche. Deja el loro en la jaula; no sea que se enamore de Carlota.

Corrió Bruyant, entregando a “Coclicó” a Bembo, para que lo enjaulara.

—Creo, gordinflón, que voy por buen camino. ¡Hasta pronto!

En la calle, Giorgio Facchino mascululló :

—Una prueba de amistad como la que voy a darte, vale mucho...

—¿ Cuánto?

—La recolecta primera, para mí. La segunda, para los tuyos.

—Vale.

—Trabajarás de nueve a diez y de once a doce.

—Depende de las dependencias circunstanciales de la circunstancia, ¿está potable?

—Clarito. Son las siete. Abre las orejas, y después dirás. ¿Sabes quiénes son los Broffa?

—Ni idea.

—Tres avispados lechuzos, que le dan un susto al miedo. Nos debemos favores, y me respetan. ¡Sapos! Ya me había olvidado que esta misma tarde el Broffa padre me dió unos papelones, que tendré que quemar, porque si me los encuentran me desuellan. A lo nuestro: los Broffa son mitad trigo, mitad paja. Embaucan a los palominos, pero tienen algunos trucos “fetén”. En fin, oirás, te convencerás... y graznarás.

—Que den truco para sacar a don Luys y a mis compinches...

—¡Alto ahí! ¡Hasta aquí podíamos llegar! El trato es sacar a don Luys... Y, después, allá él, que, si tanto vale, ya ingeniará medio de sacar a los otros, que ésta es su obligación por patrón...

—Bueno, Giorgio, no te encabrites. Tienes razón.

—Como siempre, que “pa” eso soy quien soy.

Estaban bajo un puente, donde varios mendigos saludaron muy respetuosamente a Giorgio Facchino, que golpeaba una pequeña puerta.

Querubini asomó, y Bruyant dió un respingo ante aquella aparición monstruosa.

—Hola, monín—saludó Facchino, pellizcando un moflete del engendro infrahumano—. ¿Están en casa los papados?

—¡Siempre en casa para vos, señor Facchino!— dengueó con muchos mohines Carlota Broffa, apareciendo tras el monstruo.

“Y aun queda otro”, pensó el gascón, siguiendo los pasos del Rey de la Gallofa.

Al fondo del lóbrego pasadizo, micer Giano Broffa, frotándose las blancas manos, asomó.

—Bienvenido, bienvenido, mi querido señor Facchino. Pasen sus señorías. Aquí, en mi salita, estaremos solos.

En la "salita", con cuatro fogatas y cuatro linternas, el cadáver de Lorenzo Cipriani, sentado espalda contra el muro, parecía aguardar algo...

—Castañeta...—murmuró Bruyant, no muy a su gusto.

—Mi última obra, señor Facchino. Un "macabeo" pescado esta noche... El de los papeles que os entregué...

—Ya. Embalsamado, ¿eh? Magnifico, magnífico. Vamos al grano, micer Broffa. Escupe primero los cien ducados, compinche. Estamos en familia, micer. Un trabajito como aquel de hace siete años y unos meses, ¿recordáis?

Giano Broffa se rascó la blanca perilla de chivo, mordiéndose los labios.

Bruyant, sobre la mesa, fue echando monedas de oro que sacaba de su bien repleto cinto...

—Sin excusas ni pretextos, micer.

—Es que, señor Facchino, los tiempos han cambiado... Ahora el carcelero es muy exigente. Figuraos que por venderme un "fiambre" me pidió el muy desvergonzado cinco ducados.

—Con cien ducados al canto, podéis darle con la *fiola* y el *soplo* sus buenos cinco, porque es más fácil sacar el "fiambre" que venderlo.

Bruyant, en ayunas de lo que se hablaba, tenía ya ciega confianza en el expeditivo Facchino.

—Por ser para vos, señor Facchino, se intentará...

—¡Ni hablar! Necesito el "fiambre" a las ocho y media, a más tardar, micer.

—¡Manes del Averno!—gimió Broffa—. Si..., ¡falta tan sólo una hora y poco más!

—Para eso tenéis grandes amistades en el infierno y en la cárcel. ¡A ello, micer! Vamos, vamos. Mi compinche se rascará el bolso, y os largará... ¿Cuánto, compinche?

—¡Diez ducados más!...—exclamó, generoso, el gascón, sabiendo que en estos casos y con quién se trataba, un exceso sería contraproducente.

Estiróse, con risita satisfecha, la perilla micer Broffa...

—¿Quién lo "pescará", señor Facchino?

—Mi compinche. Irá en la góndola con Querubini. Así nada fallará. ¡A las ocho en punto esperará mi compinche en los Arcos Dobles !

—Esto, señor Facchino... Dadme más tiempo. Mi Carlota tiene

que verse con el carcelero. Después..., el trato; en fin, a las ocho y cuarto, ¿no os parece, gran señor?

—Aceptado...—aprobó, exultante y alegre, Bruyant.

—¿Nombre de vuestro protegido, señor Facchino?

—Luys Gallardo, español, ingresado en compañía de otros hacia la una de esta madrugada. En las “cisternas”, por seguro. Bien, bien, micer. Hasta más ver.

—Esto..., señor Facchino, recordad aquello de la voz del muerto.

—Lo recordaré, micer Broffa.

Salió Facchino, mientras Bruyant, echando una última mirada al cadáver embalsamado, escurríase tras el Rey de los Bajos Fondos de Venecia.

Al fondo del pasillo, Carlota Broffa contoneóse, halagada, porque, al pasar, Giorgio Facchino, con habilidad, pues era difícil encontrar carne, la pellizcó.

—¡ Siempre tan osado e1 señor Facchino! Sólo a vos os permito estas libertades, porque Giano es vuestro viejo amigo...

Cerca ya de la puerta, Giorgio Facchino apoyó su mano en el deforme hombro de Querubini:

—Monín, fíjate bien en mi compinche, que te va a dar un ducado para que no lo olvides... Te esperará, a las ocho y cuarto, en los Arcos Dobles, y “pescará”.

Ladeada la cabeza, colgante la lengua, Quirubini, riendo grotescamente, babeante, estrujando el ducado que le había lanzado Bruyant, miró a éste con maligna expresión regocijada.

Ya en la calle, Giorgio Facchino comentó:

—Buena gente, buena gente.

—Va a gustos, y cada quisque con sus caprichos, Giorgio.

—¿Estás contento?

—Trinco y peto, pero no he entendido ni jota.

—Está claro, gachó. El Broffa tiene una pócima, que así la llama él. Quien la beba se queda más tieso que un carcamal. Total, parece un fiambre; él carcelero lo coge, y, como es costumbre, lo mete en un saco, y, echándoselo al hombro, lo saca por la única puerta por donde salen los de los Fosos. Lo echa al agua. Tú lo “pescas”, y Querubeni ya te habrá dado otro frasquito que despierta a don Luys.

—¡Viva tu talento, Giorgio! Esta noche el loro graznará como un chivato.

—Este es el trato.

—¿Y si... y si don Luys no traga? ¿Quiero decir si no bebe?

—En el gollete del frasco va el “soplo”, que tú escribirás. Es un tubito para que no se moje lo escrito. El carcelero sacará a tu jefe, ayudado por tres más con hierros preparados para que no se

revuelva, y lo meten solo en otro foso. Entonces le da el frasco, y le guiña. Ya está.

De nuevo en la taberna, escribió Bruyant, con grandes fatigas:

> “Don Luys:
>
> ”Hoy, tú. Mañana, los otros. Bebe. Parecerás morir. Yo te pescaré fuera. Todo irá bien.
>
> "Bruyant.”

Giorgio Facchino comentó:

—Luego..., si vuelven a cazar a tu patrón, ya no hay solución.

—No pases pena, Gran Mago. La galantería pierde una vez a don Luys, pero cuando dice: “Mosca”, ya no le pillan otra.

—Oye: ¿y por qué le tiene inquina a Mancini?

—Porque, según me dijo, Mancini es un “falso bueno”.

—¡Sapos!... Me dan asco los hipócritas. Me gustaría oír lo que pasa con Mancini.

—Descuida... Convenceré a don Luys para que te lo cuente.

—Bueno. Y... prepara al loro, ¿eh? Dile que esta noche tiene que estar como nunca.

-—Lo estará. ¡Palabra de Bruyant! Graznará como los ángeles. Oye: y aquel tipo sentado..., ¿quién era?

—Loredan Corvineli, el jefe de los espías de Mancini.

—¡Castañeta! Bueno, me voy... Tengo ya ganas de ver al encanto de pelirrojo.

—Querubini es un pobre idiota. No es malo. Trátalo bien. Hasta luego. Y... superfluo es decirte que en boca cerrada...

—...loro que grazna.

Y ambos rieron muy complacidos. Se entendían perfectamente.

# Capítulo VI

## INDECISIÓN PATERNAL

Vacilante, Gino Mancini, al oír al *bravi* anunciarle la visita de su hija, hizo un gesto.

El *bravi* entró, cerrando tras él la puerta. Permaneció inmóvil, mientras, acercándose a la puerta, por la mirilla ojeó Mancini la gran galería.

Hermosilla, escondiendo en el seno pequeño y agudo puñal con el que había firmemente decidido dar muerte a Gino Mancini, vestía con descoco y habíase pintado a usanza de las damas de la época.

Quería que, confiado, Gino Mancini, al aproximarse a ella, iniciando un abrazo, pereciera...

Gino Mancini, lívido, viendo en la que esperaba un signo indeleble del pasado, que, pese a sus crímenes, no sé extinguía, retrocedió, cerrando la mirilla.

Indeciso, meditó. Quería consultar con Galeazzo Muzio.

—Con todo respeto acompañaréis a la señorita... que espera a la habitación azul. La encerraréis allí, diciéndole que, ahora muy ocupado, no puedo recibirla. Que cuanto desee lo pida, y que sea servida, como si fuera mi propia... hija.

—¿Algo más, Excelencia?

—Invitad al conde Muzio a que se persone aquí.

* * *

Revers d'Estoc, ante la revelación de que Hermosilla era Violeta Mancini, sentíase esperanzado.

Ya no existía para su prometida el peligro que suponía la insana, pasión del que de pronto sabía que la deseada era la niña. abandonada veinte años antes.

Miró con admiración al que sentábase frente a él, casi rozándose las rodillas, adosados ambos a las opuestas paredes del hoyo.

Había sido un hombre distinto; un hombre acostumbrado a mandar; un hombre superior, el que escupió al poderoso, y el que logró sacarle de quicio.

Y también el que confortó a Revers en su desesperación.

—¿Quién sois, señor?—le preguntó, casi con humildad.

—Un hombre que mucho ha sufrido, muchacho. Un hombre que sin premeditación ni intención mató en duelo, defendiéndose, a su mejor amigo, al hermano de la que iba a ser su esposa... Pero ¿a qué contarte la tragedia de mi vida? Piensa mejor que pronto estarás libre, porque Gino Mancini no hará sufrir a su hija.

—Vos por segunda vez habéis salvado a Hermosilla. Es mi prometida... Tengo confianza en vos, como si os conociera de muchos años. Hasta que no encontré a Hermosilla, viví sombríamente, obsesionado por la venganza. No pensaba más que en hallar al hombre que mató a mis padres..., pero vi a Hermosilla, y comprendí que en ella estaba mi paz. Crearé un hogar, porque sólo ella me ha inspirado este deseo.

Juliot Legars, frías las manos, latiendo a martillazos sus sienes, preguntó:

—¿Y cuál es ese hombre que buscas?

—Vos... tal vez podéis conocerle. Se llama Juliot Legars. Fué un capitán corsario. ¿ Le conocéis ?

—Mucho—sonrió tristemente el corsario—. Demasiado...

Anhelante, avanzó Revers el busto.

—¿Dónde está? Si de aquí salgo... he de matarlo. ¿Cómo es? ¿Dónde se esconde?

—El capitán Legars era un valiente, un hombre leal, impetuoso y brutal, pero por exigencias de su solitaria vida. Mandaba en recios caracteres, y tenía que ser como era.

—¿Fué... fué amigo vuestro?

Como si no hubiera oído, prosiguió Legars:

—A raíz de que sus dos marinos más fieles, los españoles Cayo y Policarpo, trajeran a bordo a Hermosilla, y quedara ella amparada en la casa que en Marsella poseía Legars, éste partió hacia París. Llegó a su pueblo natal de Les Mureaux... Allí, Arthéme Praviel, el hermano de la que dos años antes fué novia de Legars, le provocó, y en un abrir y cerrar de ojos, al igual que podía ser Legars el que muerto quedase, cayó mal herido Praviel.

Revers d’Estoc escuchaba con el alma en vilo.

—Juró solemnemente Legars que se casaría con Juana Praviel. Dirigióse a París, ignorante de que un reciente edicto condenaba a muerte a quien matara a alguien en duelo. Arthéme Praviel era Par de Francia..., pero Juliot Legars no murió en la horca, desgraciadamente....

El corsario hablaba con los ojos cerrados, evocando.

—Recibió la visita de Juana Praviel. Se arrodilló, pidiendo perdón, y juró la verdad: que la muerte de Arthéme Praviel fué un accidente. Juana Praviel no vivía ya más que para cruel venganza. Obtuvo gracia del rey. Juliot Legars remó doce años en galera. Después, le dieron una bolsa y lo dejaron en Italia, con una carita... Le anunciaba Juana Praviel que su hijo crecía con sólo una obsesión: matar al que creía autor de la muerte de su padre... Y Juliot Legars se convirtió en un cobarde. ¡Él, que era un valiente!... Fue despreciado... Huía al ver a un joven fuerte, creyendo que era

su propio hijo. No quería batirse, por temor a matar a su hijo, y no quería que éste le matara. Partió a las Indias, donde estuvo años y años, casi feliz, porque se sabía lejos de la cruel venganza de Juana Praviel... Regresó porque un capitán español le hizo jurar, moribundo, que devolvería a Violeta Mancini a su padre. Y siempre huyendo, siempre temiendo, en continuo tormento..., fue encarcelado, porque le vieron hablar con Cayo y Policarpo, e infundió sospechas... Y anoche, aquí le trasladaron..., a este foso...

Incorporóse lentamente Revers d'Estoc engarfiadas las nervudas manos, ardientes los ojos, hinchada en su frente una vena.

—¿Vos... vos...?

—Sí, muchacho. Yo soy Juliot Legars.

* * *

Galeazzo Muzio sentóse, arrellanándose.

—¿Qué sucede, Gino? ¿Has visto; a un fantasma?

—¡ Mi hija...!

—¿Qué?—exclamó, sorprendido, Muzio.

—¡Violeta!... Es... ¡Es Hermosilla!...

Galeazzo Muzio torció la boca. Después rió silenciosamente. Fulguraban sarcásticos sus ojos,

—Tiene gracia—dijo cínicamente—. La mujercita que hasta ahora deseabas convertir en tu...

—¡Calla, maldito! ¡No respondo de mí! ¡Calla, o por Baco juro que te dejo seco!

Y Gino Mancini, en pie, desenvainando, parecía preso de un ataque de frenética furia.

Galeazzo Muzio trató de aplacarlo :

—Perdona, Gino... He sido un necio al burlarme. Sosiégate... ¿No somos amigos atados por pruebas únicas? Siéntate. ¿Qué piensas hacer?

—Está en la habitación azul. Me avergüenza verla, y que me vea. ¿Cómo... confesarle que soy su padre? Sería grotesco, si no fuera trágico, Galeazzo. Aconséjame...

—No puede ella saber que es tu hija. Decírsela, sería revelar lo que en Livorno sucedió. Y La Señoría... nos haría descuartizar. Yo... le daría a la niña un veneno que sin hacerla sufrir...

—Asesino...—murmuró Mancini—. Por afianzar tu posición no vacilas ya ante ningún crimen.

—Tú me abriste el apetito, Gino... Recuerda. Por tu petición, envené a Leonora. Pero no removamos posos turbios. Ya sabes que más reprochables son los inductores morales, que los meros instrumentos. Al fin y al cabo, ¿qué era para mí Leonora? Una desconocida... Gino, Gino...—reconvino Muzio con sarcasmo—. Ya

vuelve a alentar en tus ojos el brillo de muerte al mirarme. De santos varones es vencer las tentaciones..., sobre todo cuando debes recordar que mi muerte en circunstancias poco claras haría surgir el documento acusador, donde, bajo tu escritura, he añadido unas líneas.



*—¡Dios de todos nosotros, protege a mi hijo!*

Gino Mancini hizo un esfuerzo para sonreír:

—Vivirás muchos años mientras de mí dependa. ¿Qué escribiste?

—¡Oh, poca cosa, Gino! Más o menos expliqué brevemente a qué fui y qué hice en Livorno ateniéndome a tus instrucciones.

—Ese documento... no me deja dormir, Galeazzo.

—Si muero tranquilamente, la persona... quien menos piensas... que con gran sentido del honor guarda el documento en sobre lacrado, te lo entregará.

Respiró aliviado Gino Mancini. La desordenada vida abusiva en placeres de Galeazzo Muzio le haría sucumbir tempranamente, parque tenía, achaques peligrosos, aunque fuera de cuerpo robusto.

—Y si no... esta misma persona llevaría el documento al Dux. Pero, ¿a qué hablar de lo que no sucederá? Resolvamos lo de... tu hija inesperada. ¿No quieres que yo la...? No te enojes... Cabe otra solución mucho mejor. Un convento, recomendándola efusivamente a la abadesa. Que reciba trato de princesa..., pero que nunca pueda salir al mundo a proclamar que... Porque adivinaría que eres su padre, al verte cambiar de proceder, y convertirte en manso paternal, cuando fuiste...

—Sí; irá al convento.

—Así me gusta.

—Pero... nada emprenderás contra ella. ¡Juro, por Baco, que si algo le sucede, entonces... tú y yo correremos la suerte que hasta, hoy hemos sabido evitar!

—Descuida, Gino. Maté a la madre, y dejo en paz a la hija..., ya que tal es tu deseo. ¿A dónde vas ?

—A tranquilizar a... la pequeña. No le diré quién soy... Pero no debe sufrir inútilmente... Al fin y al cabo, es hija de Leonora... y también mi hija. Voy a decirle que he decidido, para bien, de todos, encerrarla en convento, donde recibirá una esmerada educación y un trato principesco. Eso es. Se alegrará... Voy a verla.

# Capítulo VII

**EL LORO GRAZNA**

Querubini se arqueó sobre las retorcidas piernas, para detener el impulso de la negra góndola que deslizábase bajo los Arcos Dobles.

Bruyant Lartiguers saltó, cayendo en pie junto al monstruo,

—Hola..., buen mozo. Ya estamos aquí porque hemos venido.

Querubini, agitando la cabezota, rió mostrando los ralos dientes, como una gárgola de pesadilla.

—Dame la pócima para despertar a mi amigo:

Querubini, apoyando la pértiga en el muelle para separar la góndola, cabeceó:

—Si, gran señor. La pócima... Sí, gran señor. Mirad el frasquito. Está en la *felza* sobre el anaquel de la calavera y el buho disecado, que nos amparan.

El gascón recogió la pequeña redoma.

—Eres un chico listo, Querubini!. ¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y ocho..., gran señor—rió grotescamente el monstruo.

—¡Castañeta! Creí que eras hijo de micer Broffa.

—Hijo de sus encantamientos, gran señor.

—Ya se ve. Bien, bien... ¿por qué no remas?

—Ahora no, gran señor... Cuando el carcelero arroje el “macabeo”, entonces veréis cómo soy muy diestro... ¿Lo pesco con el anzuelo, o vos lo haréis?

Bruyant empezó a quitarse ropa, quedando tan sólo con las calzas. Hizo jugar sus músculos.

—Bucearé. ¿Dónde echará el carcelero al... a mi amigo?

—Al otro lado de los fosos, en la peña que corona la salida posterior para los “fiambres”. No ven los soldados. Un golpe de pértiga, gran señor..., ¡y “zas”!..., si os zambullís al mismo tiempo, lo pescaréis en seguida.

* * *

Dos carceleros aparecieron recortándose en la noche, en lo alto de una peña, llevando un hombre inerte. Uno lo sostenía por los pies y el otro por los sobacos. Empezaron a balancear al hombre yerto.

—Es fuerte... Era fuerte. ¿De qué murió?

—Debió quedar demasiado tiempo con la cara en el charco, anoche, cuando desvanecido lo tiré al foso. ¡Una!...

—¡Dos!...—cantó el otro, a medida que aumentaban el balanceo.

—¡Y tres!... ¡El cielo te acoja en su santo seno!.

—Amén... Oye, Gaetano: cuando los otros dos españoles gritaron advirtiendo que estaba muerto su compañero, tenías el rey en mala posición.

—Bah... Tengo la torre en buen sitio, y verás corno soy yo el que te dará jaque mate.

—Eso lo veremos...

Fué apagándose 1a voz de los carceleros.

El ruido que hizo Luys Gallardo al sumergirse en el canal, coincidió coa el chapuzón de Bruyant.

El gascón abrazó el cuerpo del trovador, antes de que éste tocara el fangoso fondo del canal.

Con enérgico puntapié, el gascón remontóse, braceando fuertemente con la zurda.

Las anchas y enormes manos de Querubini asieron por los sobacos a Bruyant.

La góndola se ladeó.

Asido ya al borde, gritó Bruyant:

—¡Al otro lado, buen mozo!

Poco después, tendido en la *felza*, Luys Gallardo parecía dormir su último sueño. Entre sus dientes, que mantenía Bruyant abiertos con la punta de un puñal, vertióse el contenido del frasquito.

—¿Hacia dónde, gran señor?

—A la Piazzeta.

—Vuestro amigo tardará unas dos horas en recobrarse, pero no os inquietéis—recitó Querubini, repitiendo lo dicho por micer Broffia—. Que le den friegas en pies y sienes con vinagre. Y ya está, gran señor.

Bruyant cogió la helada diestra, del trovador-.

—Hola, don Luys—dijo con voz emocionada—. Ya estamos otra vez en la brecha... Ayer noche no pude venir porque dos imbéciles tunantes me hicieron faltar a mi palabra... Bueno, te lo explicaré luego, don Luys. Me alegra mucho volverte a ver. Conocerás a Giorgio Facchino. Es un talento...

—La Piazzeta, gran señor—anunció Querubini.

—Cuarenta y ocho dividido por ocho, ¿cuánto son, buen mozo?

Ladeada la cabeza, colgante la lengua, brillantes de codicia los negros ojillos, Querubini, mirando los ducados que Bruyant iba haciendo resbalar por entre los dedos de tahúr, canturreó:

—Ocho por una es ocho... Ocho por dos dieciséis... Ocho por tres... veinticinco...

—Divide, divide, perillán—sonrió el gascón.

—No sé, gran señor—lloriqueó Querubini.

—Yo tampoco. Toma estos diez redondos, y no te los gastes en

vicios, ¿eh, manín?

—¡Oh, no, gran señor!... Me compraré un pastel de miel y hojaldre, y el resto, a la hucha:

—¡Ah, ah!... Ahorrillos, ¿eh?

Rió como una gárgola feliz el pobre monstruo.

—Sí, gran señor... Pienso casarme el mes que viene.

—¡Castañeta!... Creced y multiplicaos. Adiós, Querubini. Si algún día me pescas en el canal, que me embalsamen con el loro...

—¡Oh, no, oh, no!... No quiero que os ahoguen a vos, gran señor, porque sois bueno y generoso y no os burláis del pobre idiota Querubini...

Emocionado, Bruyant rascó la pelambrera rojiza del monstruo.

—Abur, Querubini. Que seas feliz, y abandones la profesión de pescador de “macabeos”.

* * *

En la habitación que Facchino ordenó preparar en el piso alto, Bembo, llorando, riendo y gimiendo, frotaba como un energúmeno los pies de Luys Gallardo.

Hablaba a chorros, sin cesar. A su lado, “Coclicó” gruñía excitado, mientras Bruyant reía:

—Después, gordinflón... Cuando despierte el patrón. Y sí estoy en el tinglado, dile que sin ser visto asome... ¡Qué caray! Verme trabajar es un espectáculo único.

* * *

—Hola, hola, bellas y feos. Estamos todos de enhorabuena. Me he dado un baño en vuestro honor. El agua por fuera, y una vez cada tres meses, sienta bien, porque abre el apetito y pone hambrienta la tripita...

—¡Tripita contenta, hogar feliz¡ —exclamó roncamente “Coclicó”.

Los estallidos de las carcajadas aumentaban, porque el loro, paseándose a saltitos sobre el hombro derecho de Bruyant, semejaba más que nunca un viejo filósofo irritado.

—Es la inonda, la monda —definía Facchino, satisfecho.

La sala rebosaba, y vinos y manjares circulaban con profusión.

—...y eso me place. Que corra en alegres riadas el vino...

—¡Vino para dos valientes, vizconde!—graznó el loro, su última frase aprendida.

La alusión al criado bizco elevó la hilaridad a cumbres excelsas. Y el criado aludido, rió retorciéndose. Era un hombre célebre, ya que el "loro que sabe más que las personas” le citaba.

En la alcoba, Luys Gallardo despertó. Bembo, atropelladamente, mezclando noticias y comentarios, fué explicando.

Entraron Bruyant y Facchino.

—Éste es mi patrón, Giorgio Facchino. Don Luys... Éste es mi compinche, el hombre que a buen precio todo lo sabe y todo lo puede en Venecia.

—Vuestro servidor—saludó Facchino—. Soy como soy, don Luys, pero... a los caballeros de verdad, de ésos que tan pocos hay, los respeto, y pueden contar conmigo. Brindo por vuestra felizmente corta estancia en los fosos.

En pie, sonrió Luys Gallardo, palmoteando el hombro de Bruyant.

—Nos conocíamos ya, señor Facchino.

—Ya que os dignáis recordármelo, cierto es. Vos sois el caballero que supo obsequiarme sin ofender. Llanamente y a lo gran señor. Vos sois el caballero que en pellejo de vino vacío se llevó a la Abeja. Y puestos a hablar..., que no os vea 1a Abeja, don Luys. La pobrecilla no tiene culpa si Manccini le prometió cien ducados para que os denunciara si entrabais aquí, o donde os viera.

—¿No dije que Facchino era un libro que se las sabía todas?—rió, contento, el gascón.

—En el cinto que Bruyant lleva, hay la parte que me corresponde de venta que hicimos. Me gustaría obsequiar con doscientos ducados a la Abeja, si ésta..., inventando lo que sea, logra que esta misma noche el conde Galeazzo Muzio acuda a lugar donde no sepa que yo estaré.

—¿ Muzio ?—preguntó Facchino.

—Sé ya que conocéis mi propósito, señor Facchino. No abandonaré Venecia sin que antes Muzio y Mancino paguen sus crímenes. Pero a Muzio tendré el honor de matarle personalmente, haciendo lo posible para que su muerte parezca misteriosa.

—No entiendo, don Luys.

—Olimpia Steno me dijo que cierto documento comprometedor, que demostraba que Gino Manchini era un asesino de la peor estofa, cobarde y sin agallas, aparecía ante La Señoría... si Galeazzo Muzio aparecía a su vez muerto en misteriosas circunstancias. Y por desenmascarar a estos dos innobles sujetos, que se permiten aparentar honradez y servir causa justa, siendo dos ruines cobardes, pediré como recompensa la libertad de cuantos conmigo estaban en el palacete de Olimpia Steno.

—Vislumbro... que dais por cierto que quedará demostrado que Mancini es un cerdo, don Luys. Por denunciarle tenéis derecho a su herencia.

—Que a Venecia pertenece, y con más razón, a quien de Venecia

es. ¿Sois veneciano, señor Facchino?

—¡ De pura cepa, don Luys! ¡ Da gusto tratar de negocios con vuestra merced! Tenías razón, compinche. Tu patrón es de los míos. Derecho y al bulto. Entonces...

—Diré que gracias a vuestra ayuda ha podido la señoría terminar con el oprobio que suponía que un asesino fuera jefe de policía veneciana.

—Gachó...—susurró Facchino—. Ahora es cuando creo que tendremos que oír la voz del muerto.

# Capítulo VIII

## NÉMESIS AGUARDA. NÉMESIS HUYE…

—Es una imprudencia, Gino.

—¿Por qué?

—No debes ir a verla. Ella puede adivinar. Y entonces…, ¿de qué habrá servido cuanto hemos hecho esta noche, esfumando para siempre el espectro del pasado?

—Tienes razón. Entonces…

—Tazio Azeglio puede acompañar a Hermosilla a un convento que yo le indicaré, perdido en la alta montaña, cerca de tu propiedad de Brighella. Son reclusas tratadas principescamente. Hijas que cometieron imprudencias, esposas infieles, viudas perjudiciales a alguien… En el convento de Rinaldi, tu… protegida estará a cubierto de todo riesgo y daño.

—De acuerdo. Puedes… ya tomar las medidas para que sea custodiada hasta el convento de Rinaldi. No la veré.

* * *

Julio Legars repitió con sencillez:

—Sí, muchacho. Yo soy Juliot. Legars.

Abalanzóse Revers d'Estoc, y sus dos manos se cerraron alrededor del cuello del corsario, que no se movió.

—¡Te voy a… vas a morir, asesino!

—Sin premeditación ni intención de muerte en defensa propia, muchacho. No te manches con mi contacto. Saldrás libre… y no debe poner nube de sangre mi muerte en tu futura felicidad. Yo… aquí me pudriré, y si, al pasar el tiempo, cabe perdón en tu alma para un mísero…, reza por mí, y sed felices, muchacho.

Los músculos de Revers no le obedecían. Le imponía la tranquila serenidad con la que Juliot Legars…, por fin, había vencido su abyecto temor de herir o ser muerto por su propio hijo.

—Además…—sonrió tristemente Legars—, aquí estoy a tu merced. No he de escapar al castigo si tú lo crees justo.

—¡Mi madre pereció por tu culpa!

—Me acuso… de no haber logrado obtener de ella su perdón. No de su muerte, muchacho. No vivía más que para su cruel venganza…

—¡Os prohíbo que mal habléis de ella!

Seguía Revers inclinado sobre el hombre cuyo cuello asía.

Juliot Legars siguió hablando con sencillez patética:

—Mi culpa pagué con creces, muchacho, ¿Sabes lo que es

convertirse en un cobarde, cuando siempre fué la bravura mi fe? Hace veinte años... Era yo el marino más popular de Francia... Poseía un secreto que muchos otros capitanes hubieran deseado aprender... Puedo legártelo... Sí, muchacho. ¿Por qué te llamas Revers d'Estoc?

El joven retrocedió, cubriéndose el rostro con las manos crispadas que habían ya renunciado a matar.

Némesis, la diosa de la Venganza, huía, porque en aquel foso, en aquel antro de humana miseria y dolor, no había lugar para su guadaña.

—Un hombre, rudo, noble, me llamó... hijo de armas, y me legó una estocada secreta, y porque al conocerle le amenacé con darle un revés..., así nació mi nombre.

—Podrías también... ser hijo de armas del corsario Legars... ¡No del hombre que ante ti ves! Sino del valiente y leal corsario que todos veneraban y respetaban... Háblales a Cayo y Policarpo del capitán Legars de hace veinte años... Ellos recordarán que varios bretones, súbditos del imperio de las nieblas, que hicieron amables visitas unas veces, ataques salvajes otras, tratando en vano de obtener mi secretoˆ.

—¿Qué era..., señor?

—Un brulote especial, muchacho.

—¿Qué.es un brulote?

—Te daré mi primera lección de mar, y ojalá sea la última, porque con ello significaría que habrías salido al sol, a reunirte con tu prometida, que me considera... su padre adoptivo.

Revers d'Estoc sentóse, reclinada la cabeza en sus antebrazos cruzados sobre las rodillas...

—Yo quise el mar, con la misma pureza que tú amas a Hermosilla. Día llegará en que conozcas a Hermosilla, como conocía yo el mar. Ciertos días, Hermosilla será distinta a como era la víspera, aunque su semblante sea siempre el mismo. Sin embargo tú, por amarla, sabrás, por su mirada, por un frunce en su frente, por su expresión, por gestos, al sonido de su voz, tal vez por su risa, que una preocupación la intranquiliza.

Y la voz cálida del corsario seguía en su primera lección:

—A bordo de un buen velero como lo era el mío, la barra es una rueda recia, con manillas alrededor para que se pueda coger y manejar. A veces, cuando el mar está enfurecido, son precisos dos hombres robustos para manejar esta rueda que se llama timón. El buen hombre de mar, rodeado de agua, no mira a ésta, porque el mar varía constantemente, como el viento. El verdadero marino es corno el hombre de fe. Mira siempre hacia lo alto. Mira fijamente la vela más alta. Allí, en un retazo de lona, "ve", el viento, y su

dirección, por la forma que el viento imprime a la lona. El mar no lo ve ni lo mira. Lo oye, siente su presión en la rueda y contra el casco, y, mirando a lo alto, adivina sus movimientos. ¿Me comprendes, hijo?

—Sí... capitán Legars.

Dos lágrimas se deslizaron lentamente por las curtidas mejillas del corsario. Allá en la podredumbre de un foso veneciano, resucitaba su espíritu...

—Y como para mí el mar no tenía secretos, muy joven le arrebaté los mejores. Los que me envidiaban los súbditos de la tierra de las nieblas, que son marinos de los mejores...

Seguía hablando Juliot Legars. Una hora después, terminaba:

—...y éste es mi secreto, Juliot...

—Gracias, capitán Legars.

Dos diestras recias, fundiéronse en apretón largo, interminable.

—Trata de dormir, Juliot—invitó el capitán Legars—, Como en el mar... Apóyate en mi pecho... Así. Los galeotos dormíamos así... Buena almohada, si late un corazón viril. Duerme, Juliot... y rezaré como saben rezar los hombres de mar, para que tu despertar sea dichoso..

—Creo, capitán Legars... que soy ya dichoso. Némesis huyó... Estamos los dos juntos. ¿Cómo rezan los hombres de mar?—inquirió infantilmente, en alto el rostro y apoyada la nuca contra el ancho pecho del corsario, que húmedos los ojos, sonreía inefablemente.

—Hay un cantar marinero, que dice:

"Quien no sepa rezar, que
vaya por esos mares,
Verá cómo lo aprende, sin
enseñárselo nadie...”

—Padre mío..."—musitó Revers d’Estoc .

—Que por serlo nuestro, sabes perdonar nuestras culpas, bendícenos y haz que Revers d’Estoc acepte con orgullo de hoy en adelante, sus nombres de Juliot y Legars, cuando en el mar esté.

—Sigue hablando, padre.

—Duerme, Juliot Legars—sonrió el corsario—. Y otra lección... Los buenos marinos cuando divisan galeón español, dicen: “Si es de España, ¡buena compaña!”

Cuando Juliot Legars, hijo, dormía profundamente, Juliot Legars, el capitán corsario, elevó los ojos hacia las rejas:

—Dios de todos nosotros... Proteje a mi hijo, y gracias te sean dadas, porque ahora... ¡ ahora puedo dormir sin miedo!

# Capítulo IX

## PREPARANDO EL FINAL

—¿La voz del muerto?

—Sí, don Luys. ¿ Conocisteis a Loredan Corvineli ?

—Oí de él.

—Se llamaba Lorenzo Cipriani. A mí lo negro me estorba. Leed vos mismo esta declaración acusatoria contra Mancini y Muzio. Y decidid. Lorenzo Cipriani fué envenenado esta noche por Mancini. Lo pescaron unos amigos míos, y está embalsamado. Ah… Ya veré el modo de que el conde Muzio pensando cazar sea cazado.

* * *

Gino Mancini no había comunicado a Galeazzo Muzio que Luys Gallardo estaba en los Fosos.

Tazio Azeglio llevábase, amordazada, a Violeta Mancini ante su silla de montar, hacia el abrupto paraje del convento Rinaldi.

Galeazzo Muzio, abandonando el Palacio Ducal, internóse por las calles que bordeaban los canales.

De vez en cuando uno de sus espías, saludaba en imperceptible señal de haberlo reconocido.

Y de pronto, sonrió Galeazzo Muzio. La fachendosa figura de Giorgio Facchino, venía hacia donde se hallaba…

—¿Paseando a estas horas, Facchino? ¿Y tu pocilga ?

—Bien atendida, señor conde. Desde que tengo un loro hablador, nadie rechista en mi casa, y todo es orden y moralidad.

—Esta última cualidad no te la conocía, Facchino.

—No nos fué otorgada, señor conde. Hablo en plural —aclaró— porque soy hombre importante, y tengo entendido que tal es la costumbre.

—¡Guasón! ¿ Y a dónde vas ?

—Se os alargarían los dientes si lo supierais. Yo soy hombre difícil. Las más bellas de Venecia me requieren de amores, pero no tengo tiempo. Pero esta noche… ¡ah, qué ninfas!… Voy en busca de un compinche, y… porque son, dos, y me sobra una…

—¿ Las conozco?

—¡ Quiá! Ni las conoceréis…

—Oye, Facchino, contigo tengo mucha benevolencia. Me conduces a la francachela, o… te acordarás de mí. Cuando te decides a perder de vista tus criados ladrones, ¡cómo serán las ninfas!

—Ya que me lo rogáis, vos mismo juzgaréis.

—¿Dónde?

—En la caverna de los Broffa. Las dos delicias, vos y yo. Nadie más. Pero... he hecho gastos, Excelencia.

—¡ Ya salió aquello! ¿Es que no piensas más que en atesorar oro? ¿Cuánto quieres?

—Cincuenta y cuatro ducados. La mitad justa.

—Toma diez, y vas que "escarbas", que también yo "chanelo" el lenguaje de la gallofa.

—"Diquelo". ¿Y sabéis -este lenguaje de perseguir a la gallofa, o de proceder de ella?

—¡Cuidado, Facchino! No te extralimites, rufián... que más altos que tú... he enterrado yo en . los canales.

—No os enojéis, Magnífico. Estamos llegando ya, y la sorpresa que os reservo es de agallas.

* * *

Galeazzo Muzio avanzó casi a tientas por el pasadizo obscuro.

Iluminose de pronto el antro, y Luys Gallardo saludó ondeando espada y daga.

—¡ Maldición! — rugió Muzio, desenvainando—. ¡Traidor que me trajiste a emboscada!

—¿Yo? Ni quito ni pongo nada. Ahí tienes a un hombre, y si lo eres, Galeazzo Muzio, como él ciñes espada y daga.

En alto la linterna recién encendida, Facchino se dispuso a presenciar un buen espectáculo.

Maestro él mismo en armas, estimó prodigiosa la flexible seguridad con que Luys Gallardo, paraba cuantas estocadas y fintas prodigaba diestramente Galeazzo Muzio.

Y el español a la vez hablaba:

Hace veinte años diste muerte por veneno a una infeliz desamparada, Galeazzo Muzio. Anoche estrangulaste a Olimpia Steno... Sabes matar mujeres... Vas a morir... ¿te enteras? Aquí en esta sala cercana está Loredan Corvinelli... que acusará como Lorenzo Cipriani a tu cómplice Mancini... Y... ¡que el infierno te acoja!

Batió Galeazzo Muzio los brazos, retrocediendo, caída espada y daga. Fué resbalando contra el muro, desorbitados los ojos.

—Te envió... Gino Mancini... —boqueó agónico—. ¡Ojalá... Tazio Azeglio... mate a Hermosi11a... antes de llegar a Rinaldi!... ¡Maldi...!

—Se acabó—sentenció Giorgio Facchino—. Más muerto que Judas. Con vuestra espada, don Luys, os hincharíais de ganar oro dando clases de esgrima en Venecia. Este cadáver era en vida primera espada. ¿Empaqueto a Loredan Corvinelli?

—Enviaré por su cuerpo embalsamado, cuando haya hablado con el Dux.

—Sapos... ¡Os volverá a meter en los Fosos!

—No lo creo. Y ahora, como quedamos...

* * *

Galeazzo Muzio colgado de gran farola, frente al Palacio Ducal, fué visto por varios soldados.

Circuló por todo el Palacio la noticia.

Y cuando Gino Mancini trataba de abandonarlo, seis esbirros le cerraron el paso.

—La Señoría os invita a presentaros en la Sala Segunda, Excelencia.

# Capítulo X

## LORENZO CIPRIANI ACUSA...

En sus togas negras recamadas de oro, y con los escudos del León del Adriático, los senadores Andrea Luchesi, Piero Grimani y el Dux Steno, no tenían en los rígidos cuerpos y semblantes impasibles distinto aspecto del acostumbrado, cuando se, disponían a oír o juzgar casos especialísimos.

A derecha e izquierda de la sala, la silueta de dos verdugos encapuchados, con brazos ante el pecho en cruce respetuoso, cubría el frunce de la abertura formada por los cortinajes que también ostentaban la soberbia de un León campante.

Gino Mancini, inquieto, aferrabase a una sola esperanza. Había pensado, con lucidez repentina, que todo habían sido amenazas, cuando Galeazzo Muzio aseguraba que “alguien” poseía el documento escrito en garantía del criminal acto de Livorno.

Galeazzo Muzio, cuyo cadáver había visto hacía instantes, no podía haber sido tan imprudente como para conservar una prueba que si bien acusaba a Mancini, le acusaba a él también.

Por esto, su saludo fué airoso, y con prestancia, anunció:

—Al Servicio de La Señoría.

El Dux Steno ojeaba unos folios escritos por su propia letra en rápidas anotaciones.

—Nos es preciso aclarar determinados puntos de vuestro pasado, por denuncia que consta en mi poder, conde Mancini.

—Presto estoy a refutar cuantas calumnias forjen mis muchos enemigos envidiosos de mi celo al servicio de Venecia.

—¿Reconocéis haber contraído matrimonio en el año 1485 con madona Leonora Cipriani, hija de Antonio Cipriani, prohombre distinguido del Estado y ciudad de Milán?

—Sí," Señoría.

—¿Es cierto que en noviembre del año 1487, contrajisteis enlace con madona Lucrezia Bentivoglio?

—Sí, Señoría.

—Bigamia es delito muy castigado en Venecia, conde Mancini.

—Leonora murió.

—¿Cuándo, dónde, y cómo?

—En Livorno, a principios de noviembre del año citado. Dióse muerte, desesperada... Confieso que la abandoné, por razones íntimas. Se encontró junto a su cadáver, carta escrita de su puño y letra, donde confesaba no poder sobrevivir.

—¿Tenéis inconveniente, conde Mancini, en que se oiga la voz

de un importante testigo?

—Ninguno, Señoría.

Hizo un gesto el Dux. Los tres jueces miraron hacia la sala anexa, cuyas cantinas descorrían los dos verdugos.

Sentado en un sillón, en actitud meditativa, Loredan Corvinelli, fijaba sus vidriosos ojos grandemente abiertos en un punto indefinible.

El embalsamamiento hacía que sus pupilas parecieran mirar a quien le miraba...

Gino Mancini, convulso, trémulo, llevóse la mano a la frente, retrocediendo...

—¿Necesitas apoyo, conde Mancini? Prestádselo, señor Gallardo.

De la sala donde Loredan Corvineli marmóreo y lúgubre, estaba sentado, surgió el trovador, que se colocó junto a Mancini.

—¿Hablad, messer Corvinelli—invitó d Dux.

—¡Está muerto!... ¡Muerto!—clamó Mancini—. ¡Yo... le envenené... por traidor a Venecia!

—Me extraña, conde Mancini, que vos, conocedor de la ley, incurráis en el poco respetuoso proceder de interrumpir a un testigo. Si reincidís, los verdugos os harán entrar en razón, como es costumbre, Hablad, messer Corvineli.

Una débil luz iluminaba tan sólo el cadáver. La linterna colocada en el respaldo de su sillón servía para que un escribano de voz cavernosa, sentado tras él, e invisible, fuera leyendo:

—“Yo, Loredan Corvineli, secretario particular del conde Gino Mancini, jefe efectivo de los agentes de vigilancia y defensa dé Venecia, hago, relación sucinta de hechos que deben llegar a conocimiento de La Señoría en caso de mi muerte.

”A quien hallare este escrito, conmino y fe exijo sea el casual agente de Némesis, diosa de la Venganza, para que en mi nombre acuse:

Elevóse la voz del escribano, con engolamiento impresionante:

—“A los condes Galeazzo Muzio y Gino Mancini de ser respectivamente autores material y moralmente del asesinato de Leonora Cipriani, perpetrado el once de noviembre de 1487, en la ciudad de Livorno, por Galeazzo Muzio, obedeciendo las instrucciones de Gino Mancini.

"Yo, conocido por Loredan Corvineli, nací Lorenzo Cipriani. Comprendiendo era imposible que mi hermana Leonora se diera muerte, cuando estaba esperando la llegada de Fra Gismomdo, el enviado que mi padre delegaba para otorgarle perdón, entré en sospechas.

”Desconocido por Gino Mancini y Galeazzo Muzio, aguardé pacientemente mi hora, sirviendo a Venecia, y ganándome la

confianza de ambos. Construí en mi gabinete, anexo al del conde Mancini, aparato acústico, ateniéndome a planos creados por Leonardo da Vinci.

"Cierta noche oí de labios de Galeazzo Muzio, aludir a lo ocurrido en Livorno, y a cierto documento escrito por Gino Mancini, como garantía para su cómplice. Y acabó Muzio exponiendo su habilidad para imitar ajenas escrituras.

”De lo que hablaron, creyéndose solos, queda esclarecido lo que vilmente cometió Muzio, inducido por Mancini. Fingió ser Fra Gismondo, envenenó a Leonora, y colocó carta falsificada por él en imitación de la letra de mi pobre hermana, y...”

—¡Burdas calumnias!—aulló Mancini, sudoroso, erizado el cabello, rehuyendo el mirar al embalsamado acusador—, ¡ Suplico a La Señoría medite que Loredan, enemigo mío, inventó este documento inexistente, para perderme!

El Dux Steno detuvo al verdugo que avanzaba.

Mostró un papel que extrajo de un cofre colocado a su lado.

—Ved este papel, conde Mancini. Oíd lo que dice: “Yo, Gino Mancini, en esta fecha, diez de noviembre de 1487, envío a Galeazzo Muzio a la ciudad de Livorno, para que cumpla instrucciones...” Gino Mancini se mantuvo en pié, porque dos verdugos le sostenían por los hombros.

Siguió el Dux diciendo:

—Debajo de vuestra firma inconfundible, hay unas líneas escritas de puño y letra de Galeazzo Muzio, vuestro cómplice. Dicen: “Las instrucciones que me dió Gino Mancini, tenían por finalidad envenenar a Leonora Cipriani, que era obstáculo para que Mancini, casándose con Lucrezia Bentivoglio, pudiera usar de la influencia de ésta cerca de Rosalba Camporeggio, la futura Dogaresa de Venecia. Falsifiqué la letra de Leonora Cipriani, envenenándola, por orden de Gino Mancini”.

Levantáronse los tres senadores principales del Consejo de los Diez. Gino Mancini balbució: ,

—¿Quién... tenía ese documento?

—Condenado quedas, Gino Mancini, por felón, envenedador y parricida, a muerte por descuartizamiento, previa aplicación de tortura por fuego, agua, y hierro. Y tus bienes pasarán a ser propiedad de quien denunció a La Señoría tu villanía e indignidad.

—¿Quién... tenía ese documento?—gimió Gino Mancini.

—Tu hijo Fausto. Ignoraba el contenido, y me lo entregó hace media hora. Dijo que Galeazzo Muzio, su padrino, habíaselo confiado, con juramento de entregármelo, caso de morir violentamente, sin saberse quién era su agresor. ¡Verdugos! ¡Empezad! ¡Justicia sea hecha!

* * *

Fuera de la sala, e1 Dux Steno, menos seco, menos envarado, inquirió:

—¡Permaneceréis en Venecia, señor Gallardo?

—No, Excelencia.

—Mejor...—dijo suavemente el Dux—. Vuestras mercedes los españoles, cuya caballerosidad no discuto ni niego, sois demasiado amigos de conquistar tierras.

—Para provecho del; universo, Excelencia.

—Atendí en este caso vuestras indicaciones, por considerarlas adecuadas al ejemplar castigo de Mancini. Atended las mías... No es amenaza, señor, es consejo. Venecia es quisquillosa, casi tanto como España. Agradece las mercedes, pero se siente humillada al reconocer que un español descubrió la que durante veinte años ningún veneciano supo adivinar. Tal como prometí, los bienes de Mancini y Muzio pasarán a ser propiedad de Giorgio Facchino y de la española señorita Hermosilla, a vuestra petición y conformidad. Serán liberados los españoles Cayo y Policarpo, así como los franceses apodados Frambuesa, Vinagre y Respingón, y el caballero Revers d'Estoc .

—Gracias, Excelencia.

—La Señoría, sabedora de que para obtener fondos, vendisteis en Sansovino velero de vuestra propiedad, os reintegra dicho velero, para que con vientos favorables, llevéis vuestra espada y vuestro corazón a otros estados, que tal vez necesitarán ayuda de vuestra genial caballerosidad. Disfrutáis de la hospitalidad de Venecia por espacio de siete días.

—En los Fosos, sin acusación ninguna, se halla presa un francés llamado Juliot Legars. Ruego sea puesto en libertad, Excelencia.

—Concedido, puesto que afirmáis no hay acusación contra él. Y comprobado tengo que es oro de ley lo que afirmáis.

—Y licencia, para que la señorita Hermosilla sea liberada del especial convento de reclusión a donde ha confesado haberla llevado por orden de Mancini, Tazio Azeglio.

—Os firmaré dicha licencia. ¿Cuál es el convento?

—El de Rinaldi, Excelencia.

—¿Rinaldi? Curioso convento cuya abadesa es mejor carcelera que los que custodian los Fosos de Venecia. Buena suerte, señor español. Os será dada la licencia, conjuntamente con los prisioneros cuya libertad habéis conseguido. Venecia os sea grata en los cortos días de vuestra estancia.

# SEGUNDA PARTE

# Capítulo I

## EL CONVENTO RINALDI

Llamábase convento porque recluíanse mujeres, que bajo las órdenes de Fiorenza Rinaldi, profesaban ascéticas costumbres, intentando ser imitadas por las que padres, esposos o tutores, llevaban para mayor o menor permanencia en aquella cumbre perdida de las montañas.

Una estrecha barrancada salvaje y desolada, hendía la cumbre, donde se elevaba el antiguo monasterio, adquirido por Fiorenza Rinaldi.

Entre precipicios y grietas, un sendero difícil conducía a la principal poterna del monasterio, que la gran fortuna y el capricho de Fiorenza Rinaldi, habían convertido en sede amurallada.

Era una vasta cárcel. Instituida en severa abadesa, Fiorenza Rinaldi, no impedía a las descarriadas ovejas que confiaban a sus cuidados, que comieran cuanto desearan, y habitaran confortables alcobas.

Pero estaba prohibido recibir o enviar cartas. Nada de cantos ni música. Allí se debía meditar, y prepararse al arrepentimiento.

Toleraba que al atardecer reuniéranse sus hospedadas, que libres quedaban de hablar de lo que se les antojara, bajo la discreta vigilancia auditiva de dos subordinadas que como la abadesa, eran avinagradas solteronas.

Cuando llegaba una nueva inquilina, Fiorenza Rinaldi, después de recibir generoso pago, la hacía permanecer varias horas a solas en obscura celda.

Algunas se desvanecían de terror; otras, pataleaban de rabia; las más pacientes, vertían silenciosas lágrimas.

Eso hizo Violeta Mancini.



*Asiendo la brida del caballo, sonreía extático.*

Aquella permanencia a oscuras, e ignorando la suerte que les esperaba, terminaba con ruido de cerrojos.

Abríase la celda y la luz del día que alegraba el minúsculo jardín precioso y recoleto, parecía promesa de vida.

Poco a poco, perdían la ilusión de evadirse ante las altas murallas, las puertas de hierro, las ventanas enrejadas, y la estolidez insobornable de las bien pagadas criadas de Fiorenza Rinaldi,

Pero, encontrándose juntas, y pudiendo hablar, les parecía

recobrar algo de libertad.

Después de haber pensado, conciencias culpables, que serían estranguladas o perecerían de hambre y sed en la negra celda, o condenadas a eterno silencio y soledad, su desgracia de prisioneras, les parecía soportable desde el momento en que podían hablar con otras semejantes a ellas.

Y cada una, reanimada apenas salida de la celda, por las voces de sus nuevas compañeras, comprendía que ninguna mujer en el mundo aunque estuviera doliente de alma y cuerpo, debía desesperar mientras que un cosquilleo vital permaneciera alentando al extremo de su lengua.

Sin duda alguna la conversación era un gran medio para combatir el tedio en sus reuniones. Y en lugar de que cada una rumiara solitariamente su desdicha, decidieron relatarse mutuamente sus más o menos escabrosas aventuras galantes.

Además del alivio que así experimentaban en aquellas mutuas confidencias, vieron también así una manera muy agradable de pasar el tiempo y de adquirir, oyendo el relato de diversas intrigas, un complemento de experiencia que les permitiría cuando salieran de aquella oclusión, vengarse del género masculino sin grandes riesgos y de cien modos nuevos y muy divertidos.

A la llegada de Hermosilla había precedido la de otras dos Evas,

Una de ellas, llamada Dolía, narró sin hacerse rogar, una historia tan escandalosa, que una de las oyentes, que era a la vez vigilante subordinada a la abadesa, declaró que aquella historia de ninguna manera serviría para reavivar en los otras reclusas el espíritu de penitencia.

Y la otra vigilante manifestó su confianza de que la segunda ingresada relataría historia más edificante, pues de lo contrario se verían obligadas a comunicar lo que sucedía a la abadesa.

La segunda veneciana, llamada Beppa, sonrió dulcemente, asegurando que su relato demostraría que el instinto de pudor y de natural orgullo de los temperamentos nobles, derrota las tramas mejor urdidas. Por la sencilla razón de que la buena sangre nunca se desmiente.

Menos la atribulada Hermosilla, todas sonrieron irónicamente… Pero Beppa, sin inmutarse, empezó su narración.

En un castillo de Istria, medio derruido, casi derrumbándose bajo el peso de la hiedra, humilde, pobre y santamente, vivía una noble anciana llamada Teresa Pulci con su hija Azzolina.

En el momento en que menos lo esperaban les llegó un mensaje de Ugo del Nero, que además de Gobernador de Pola, era también primo de ellas.

Ugo del Nero, sabedor de los cuidados con que la viuda educaba

a su hija y apreciando más en una mujer el pudor y la modestia que la herencia y la dote, expresaba el deseo de tomar por esposa a su prima.

Por merodear bajeles turcos por sus costas, él no podía alejarse de Pola, y rogaba a su futura, en el caso de que su debilitada y anciana madre no pudiera viajar, que viniera ella acompañada, de alguna criada fiel.

Él mismo saldría a su encuentro en el pueblo de Rovigno. Se excusaba de no poder llegar más allá, jurando que cuando los turcos se alejaran y Azzolina fuera ya su esposa, los dos recién casados, irían a dar gracias a Madona Teresa, por haberles proporcionado la dicha.

Si el mensaje entristeció a la joven, que casi nada sabía de aquel poderoso y rico pariente, causó gran alegría a su madre, que recordaba que Ugo del Nero, niño, prometía convertirse en un leal, y caballeroso gran señor.

Activamente la dama se ocupó de reunir en un hatillo, muy ligero por desgracia, las ropas de su, hija, y, le buscó una compañera de camino porque ella misma se encontraba débil y muy castigada por las privaciones y la edad.

No se presentó más que una muchacha llamada Carlina, tan lozana como bella, pero de aspecto tan atrevida que Teresa Pulci, antes que confiar su hija a aquella osada muchacha, habló de irse ella.

Azzolina, dándose cuenta que un tal esfuerzo pondría en peligro la vida de su madre, aseguró que Carlina le convendría como compañera de viaje, ya que su propio atrevimiento sería la mejor salvaguardia

Y a falta de mejor solución así lo convinieron, y Azzolina, por la madrugada, vistió su falda de seda blanca con cinto de plata, adorno único de los días de fiesta.

Y después de cien besos y otros tantos juramentos de pronto regresar con el Gobernador de Pola, se arrancó de los brazos de su madre y se alejó en compañía de Carlina, que llevaba el hatillo.

Aquel primer día de viaje, fue Carlina tan amable, servicial y cariñosa que, puesta en confianza, Azzolina le explicó lo que contenía el mensaje de Ugo del Nero, y el motivo del viaje.

Por la noche durmieron en un mesón humilde.

Al alba, cuando Azzolina quiso levantarse y vestirse, recibió la gran sorpresa de ver en lugar de sus vestidos, los de Carlina.

La llamó en vano, y tuvo que vestirse con los harapos de la criada, a la cual encontró en el umbral.

Carlina vestía la falda de seda blanca con cinto de plata. A los reproches de la dama, la criada contestó que no era más que una

broma y nada más que una broma.

Ya lejos del mesón, en pleno camino, Carlina colocó el fardo en el suelo y, con voz amenazadora, ordenó a la noble doncella que cargara con el hatillo, indicándole que ella era ahora la dueña, y que Azzolina debía obedecer.

Azzolina protestó, pero Carlina, que era mucho más fuerte, le dió azotes, y le amenazó de muerte si se atrevía a huir o se quejaba a nadie.

La pobre niña, con la esperanza de contárselo todo al Gobernador, su primo, se secó las lágrimas, y, recogiendo el hatillo, siguió andando tras Carlina.

En lamentable estado y siempre tras los pasos de la decidida Carlina, llegó por fin a la puerta de Rovigno, donde ya a caballo y prestos a emprender marcha, esperaban Ugo del Nero y su séquito.

Mientras Azzolina se maravillaba de ver que el Gobernador era joven, apuesto y arrogante, como ella soñaba y le había asegurado madona Teresa, la desvergonzada Carlina, corriendo brazos abiertos hacia el señor y llamándole "querido primo", con voz melosa, llegó hasta él y le besó en los labios.

El despecho de Azzolina se convirtió en dolor cuando vió que Ugo del Nero, primero sorprendido por aquella osada familiaridad pero encontrando sabroso y perfumado el beso, alzaba en vilo a Carlina para montarla en la silla y picar espuelas, sin siquiera dignarse echar un vistazo a la que todos supusieron sirvienta.

Para no quedar abandonada, la pobre Azzolina tuvo que rogar a un escudero tuviera a bien darle sitio en la grupa de su caballo.

Y fué así como la hija de la nobilísima familia de los Pulci entró la última del cortejo en la ciudad de Pola, donde creyera ser casi por derecho de enlace, la Gobernadora.

Apenas puso pie a tierra, fué brutalizada por lacayos, que, obedeciendo a Carlina que la había acusado de rebelde, la condujeron a un solitario torreón.

Felizmente, el festín que se celebraba en las cocinas tentó a sus guardianes, que creyéndola dormida fueron a tomar parte en el banquete de sus colegas.

Ella escapó hasta penetrar en un vergel bañado por un suave fulgor de luna. Se sentó cerca de un claro manantial que brotaba entre el musgo y, recordando en su desesperación la felicidad perdida, se puso a llorar desolada.

Quiso la Providencia que el Gobernador de Pola, embriagado por los mimos y besos de la que creía su prometida, deseara disipar aquella turbación con el frescor de la noche.

Carlina, temiendo que escapara al sortilegio de sus caricias, le siguió hasta el vergel.

Y los dos, enlazados por el talle, pasaban cerca del manantial, cuando los lamentos de Azzolina llamaron la atención de Ugo del Nero.

Mucho antes que la intrigante pudiera oponerse apartó el follaje del vergel y descubrió a la pálida y patética llorosa.

Al verle, Azzolina se reanimó y, arrodillada cruzando sus manecitas, sollozó:

—Oh, mi gentil señor y bien amado primo: esta mujer abusa villanamente de vuestra confianza. Yo soy Azzolina Pulci, vuestra verdadera y esperada prometida. Esta malvada me despojó, golpeó y amenazó de muerte para impedirme que revelase sus vilezas y...

Carlina cubrió con su voz la de Azzolina.

—Esta criada—interrumpió colérica—es la miserable loca de la que os hablé. Mis bondades le han revuelto el seso, y se imagina que ella es yo. La dejé venir hasta aquí por piedad a su demanda. Os ruego ordenéis sea encerrada en el lugar del que acaba de evadirse.

Azzolina, con la inspiración de la desesperanza, gimió:

—Examinad mis rasgos, señor, y si la voz de la sangre no es pura quimera, ella hablará y vos me reconoceréis.

—Miradme a mí—dijo, con vehemencia, Carlina—. Mi tez, mis cabellos de oro, mis ojos aterciopelados, mi boca en flor, ¿es que todo ello no revela mi ilustre cuna?

Y a la vez que hablaba, la encantadora, en el claro de luna de mágico hechizo, levantó el hermoso rostro, destrenzó sus cabellos de oro avalorándolos sobre sus brazos desnudos, tan ágiles y blancos, que el joven señor venció la tenue duda que de él se había apoderado al oír la suplicante voz de Azzolina.

Sintiéndose, vencida, la pobre Azzolina dejó caer sus manecitas implorantes en una postura de impotente tristeza, que no pasó desapercibida al inteligente Ugo del Nero.

Mentalmente comparó la actitud tan diferente de las dos mujeres:

—Muy lamentable caballero soy y muy torpe mi entendimiento cuando por mí mismo no sé discernir la verdad de la mentira, lo hermoso de lo feo, y lo noble de lo vil—dijo, reflexivo—. Sin embargo, he de confesar que no basta para emitir juicio el contemplar un rostro seductor. No es ésta la sola belleza femenina, y me pregunto...

Carlina, antes de que él terminase de hablar y estremecida de antemano, pensando en su próximo triunfo, exclamó:

—¡Ahora juzgaréis si ella no nació criada al igual que yo nací señora! ¡Lo veréis al contemplar la perfección de mi cuerpo!

Y con gesto atrevido soltaba ya el broche de plata de su falda

blanca, cuando Ugo del Nero, volviéndose a mirar a Azzolina, preguntó:

—¿Y vos, niña, no podéis ofrecerme la misma prueba en apoyo de vuestras palabras?

—¡ Oh, señor!—suspiró, ruborizada, Azzolina-—-. Antes que comprar mi felicidad y recobrar mi rango al precio de tal vergüenza, prefiero quedar de criada hasta el final de mis días.

Ugo del Nero, fruncido el entrecejo, apostrofó a Carlina:

—Peina otra vez tus cabellos, miserable mujerzuela, y huye lejos de mis dominios, porque tu lengua impúdica te ha traicionado. La criada mentirosa y ladrona, eres tú. Al ofrecer tan espontánea y voluntariamente la perfección de tu cuerpo a mis miradas, me has mostrado la fealdad de tu alma, mientras que esta dama, al rechazar castamente el revelar sus encantos, me ha demostrado la nobleza infinita de su alma y su pensamiento.

Y sin siquiera volver a mirar a la aventurera, que rabiosa y humillada huía, el gobernador de Pola se inclinó reverente ante su prometida, le ofreció el antebrazo y la llevó con gran veneración a su palacio.

# Capítulo II

## HERMOSILLA SUEÑA...

El final de la narración fue acogida con el mismo escepticismo por todas las reclusas, menos por Hermosilla.

Una de las oyentes sonrió.

—¿Y sería indiscreto saber quién es Azzolina y quién Carlina?— musitó, a oídos de su compañera, mirando a la que acababa de narrar aquel relato histórico.

—Ahora a vos os toca, amiga nuestra—apremiaron varias a Violeta Mancini.

—¡Pobre de mí! No sé historias.

—¿ No habéis nunca soñado?

—¡Mucho!

—Pues... nos conformaremos con oír vuestro sueño.

—Mi sueño lo escribió para mí, en palabras, un trovador español, galante caballero paladín.

Extrajo de su seno las preciosas hojillas que escondía cerca del corazón, para que le recordaran a Revers d'Estoc...

Y leyó, con voz conmovida:

"*Las amigas del poeta.*

”A la edad en que, tímido, contemplaba de lejos a las mujeres, sin atreverme a hablarles, una de ellas se acercó a mí, más sonriente, joven y bella que la misma Aurora.

”En sus rubios cabellos, las rosas se abrían como si el sol las acariciara. Sus ojos tenían la transparencia de los manantiales y la profundidad del cielo.

”Su aliento semejaba brisa con efluvio de manzanos; su tez, una gota de sangre caída en la nieve. Sus palabras mecían cantos, plenos de promesas.

”Sus finas manos se abrían ofreciendo. Una túnica vaporosa la envolvía en cabrilleante arco iris.

”Pero lo que concedía a su andar, a sus actitudes, una gracia, una flexibilidad y ligereza divinas, eran dos alas espléndidas, dos alas de luz irisada, de plumas estremeciéndose.

”Con su voz hechicera, la joven me dijo:

”—Porque he reconocido en tu frente pálida la arruga del Pensamiento, y en tu mirada la bruma azul del Ensueño, si lo quieres, oh, poeta, tan fiel como una hermana, tan dulce como una prometida, seré tu compañera en el camino de la vida.

"Cogí su mano, y partimos alegremente.

"Sobre el césped de las praderas, cerca de los estanques, en el atardecer de los valles, en el silencio de las llanuras y el misterio de los bosques, ella pasaba, serena y consoladora, como una mensajera radiante de la Primavera eterna.

”Su paso no quebraba las flores ni la hierba, que ni siquiera eran rozadas por su túnica.

”Las ondas que atravesaba detenían su curso para besar sus pies de mármol. Apenas su risa volaba, los ruiseñores cantaban.

”Su llegada dispensaba las nubes en el azul. Cuando descansaba en la sombra, la sombra la esperaba.

”Tan fiel como una hermana, tan dulce como una prometida, fué mi compañera en el camino de la vida.

”Yo seguí, sin cansancio, andando, siempre con ella, que era la Esperanza...”

La áspera voz de Fiorenza Rinaldi quebró el encanto del poema.

Levantóse Hermosilla, que acudió corriendo.

—Venid—dijo, secamente, la abadesa del extraño convento.

—¿A dónde, señora?

—Lo sabréis.

Atravesaron salas, refectorios, más salas. Por fin, abrió Fiorenza Rinaldi una puerta.

—Adiós o hasta la vista, madona Hermosilla.

Cohibida, sin saber qué le sucedía, Hermosilla miró en rededor. Un paraje inhóspito, desolado...

Y, de pronto, gimió dulcemente. ¡ Estaba soñando!...

Revers d’Estoc , rodilla en tierra, asiendo la brida de un caballo blanco, sonreía extático.

—Sueño... — musitó Hermosilla, juntando las manos.

—Mi sueño —replicó Revers d’Estoc .

—¡ Revers!

—No... Soy ya Juliot Legars... He venido en tu busca. Y un hermoso velero nos llevará a tierra, donde formaremos nuestro hogar, gracias al caballero Luys Gallardo.

—Estabais presos... Pero sabía que vendríais...

—A toque de clarines, los soldados del Dux han proclamado por Venecia que el caballero Luys Gallardo y Juliot Legars éramos huéspedes de honor por siete días. Tuvimos los dos que estar presentes en el balcón del Dux.

—¿Juliot Legars? Pero... ¡si es mi padre adoptivo!

—¡Y el mío de sangre, mi ensueño! Él está con Luys Gallardo, en espera del velero “Dardo”. Te explicaré. Alejémonos de este paraje... Ven, amor. Siempre a mi lado.

Cubriéndola con su capa, la abrazó, y así, a lento paso del corcel, se alejaron del convento veneciano.

Caía el crepúsculo. Por vericuetos iban deslizándose furtivamente varios individuos, provistos de lanzaderas marinas…

Acechaban la ocasión favorable para capturar con vida al que, por la mañana, 1os clarines del Dux anunciaron y presentaron como Juliot Legars.

# Capítulo III

## AGUAS TURBULENTAS

Dos hombres frente a frente, sentábanse en el interior de la cámara de navío que surcaba a poca vela las aguas agitadas del estrecho de Messina.

Aguas donde turcos, venecianos, franceses, españoles e ingleses disputaban esporádicamente fragorosos combates, en mutuas alianzas, donde sólo los españoles, independientemente, no aceptaban más amigos que los que al turco combatieran.

Y dabase el caso de que los amigos aliados de ayer, convertíanse en enemigos a poco trecho de días.

Colorados, impecables, flemáticos, los dos hombres manteníanse erguidos, silenciosos.

La nave costeaba muy cerca de los terrenos despoblados de la pelada costa.

Ante cada uno de ellos, sobre la mesa, había un terrón de azúcar. Y ambos miraban fijamente el azúcar.

Una mosca zumbó agudamente. Se posó en la mesa.

Frotóse las patas traseras, observada por los dos que más parecían estatuas que seres humanos.

Avanzó hacia un terrón, dió media vuelta, y volvió a elevarse.

Del pecho de uno de las dos silenciosos escapó un tenue suspiro.

La mosca regresó, y esta vez rectamente se posó sobre el otro terrón de azúcar.

El individuo poseedor del terrón favorecido por la mosca abatió rápidamente la mano, aplastó el insecto, cogió el terrón, lo limpió con un pañuelo, y exclamó:

—*By Jove*! He ganado.

El otro hurgó en su cinto. Depositó cinco monedas de oro sobre la mesa, y dijo:

—Habéis ganado, milord. Vuestras son estas cinco guineas.

—Gracias.

—Salvo orden en contrario, preferiría dejar el juego, milord. Ha sonado el cuarto de relevo.

—Os quedan aún quince minutos, teniente Porter. Descansemos. Os apuesto cinco guineas más a que antes de dos días tendremos a bordo al corsario francés, comedor de ranas, llamado Legars.

—Acepto, milord.

—Vuestra fortuna particular os hace ser un agradable teniente, Porter. ¿ Cómo andamos de balance?

—Me ganáis quince guineas. Espero reducir a diez 1a diferencia,

milord.

—¿Porque Juliat Legars se halla en Venecia, según las últimas noticias? *By Jove*. Mis mejores sabuesos están en Venecia, y lo traerán vivo. Hace... veintitrés años exactamente Su Graciosa Majestad recomendó a mi hermano mayor entrar en relaciones con el corsario Legars. Parecía que la tierra lo hubiera tragado.

Anunciaron su ahorcamiento en París, milord.

—El rey francés engañó, como siempre, a sus súbditos. Nuestros agentes descubrieran la impostura, y quien fué ahorcado fué un vulgar malhechor. Juliot Legars seguía navegando... ¿Dónde? ¡Ah!... Veintitrés años consumió en vano mi hermano mayor. Murió, heredé el título, y ascendí a lord comandante de esta nave. Y yo conseguiré que Juliot Legars me revele su secreto.

—Valioso, milord.

—¡Veintitrés años de vida del quinto Lord Fitzroy! ¿Y le preguntáis al sexto Lord Fitzroy si es valioso el secreto de Legars? Os apuesto cinco guineas más a que no tenéis la menor idea de qué puede ser el secreto de Legars, a pesar de que sois un buen marino.

—Si lo supiera, milord, ya no sería un secreto.

Lord James Fitzroy, comandante del velero “Belcorn”, rió en homérica carcajada.

—¡Bravo, teniente Porter! Sois inteligente. Os invito esta noche a beber un magnífico vino portugués que descorcharemos en, honor a la pronta llegada del capitán Juliot Legars.

* * *

En la ciudad de Venecia, hospedado en la “Hostería de San Marcos”, el capitán Juliot Legars, un hombre nuevo, aseado, arrogante, en toda la. madurez de su plenitud física de fortaleza muscular, bebía en compañía de Payo y Policarpo.

Los dos antiguos marinos españoles, sabedores ya del misterio de la incomprensible cobardía de Legars, volvían a mirarle como a un ídolo, que había sobrevivido a tantos sufrimientos.

—Tarda nuestra Hermosilla y vuestro hijo, capitán.

—Eso es. Tardan.

—Los caminos son largos para los enamorados, zopencos—rió, de buen humor, Legars.

—Esto, capitán... ¿Cómo llamaremos a vuestro hijo, porque ambos sois Juliot y Legars?

—Muy sencillo, zoquetes. ¡Juliot Legars el cadete, Juliot Legars el lobo de mar!

Miró por la ventana las turbias aguas del canal.

—No me gusta esta ciudad, que quiere ser de mar, y no es sino flujo de turbulentas aguas. Para calmar la impaciencia, vayamos a

ver al donoso Bruyant y su loro.

* * *

—Gachó... Desde que eres un ricachón, hinchas e1 pecho y te vienen estrechos los jubones.

—¡Ajá! Porque se puede—replicó, arrastrando las sílabas, Giorgio Facchino.

—Se puede cambiar de jubones—sonrió Luys Gallardo.

—Y vos, don Luys, ¿qué rumbo tomaréis con el “Dardo”, que los oficiales de La Señoría os traerán a Fusina?

—Llevar a Hermosilla y Juliot el cadete a Francia,

—¿Sabrá ella que Gino Mancini era su padre?

—No.

—Mejor.

—¿Y el corsario Juliot Legars?

—Tiene plaza de capitán inmejorable en el “Dardo”...

—Menos preguntar, tú — atajó Bruyant, dando palmada de confianzudo amistoso en el pecho de Facchino—. ¿Cuánto les has otorgado a los Broffa de tu herencia?

—El quinto..., porque “pa” eso di yo la cara.

—¡ Generoso!...—rió Bruyant—. No te arruinarás...

—Tengo que ahorrar para mi vejez y la de mis hijos.

—¡Pero si eres soltero!...

—Puedo casarme... ¿O es que antes de casarse todos los maridos no eran solteros?

—A la que llegue el “Dardo”, yo y el loro “nos las pitamos”, compinche.

—He cedido la taberna al Vizconde. Yo me retiraré a mi castillo, por una temporada.

—¡Castañeta!... ¿Les pondrás aretes en la nariz a tus lacayos?

—Me alejaré de Venecia unos meses. Hasta que La Señoría olvide a Mancini, Loredan el embalsamado y mi intervención. Turbias y turbulentas son las aguas de Venecia, los caminos y las montañas.

# Capítulo IV

## LAS DUDAS DEL CONTRAMAESTRE DAVIS

Tres agentes avisaron a cuatro robustos sujetos, de bronceada tez, que permanecían agrupados en choza de pastores, fuera de la ciudad veneciana.

Frank Davis, el contramaestre tercero del "Belcorn", era tardo en asimilar el sentido de lo que oía, pero, una vez había entendido, cumplía a rajatabla.

Uno de los agentes ingleses que permanecía constantemente en Venecia encuadrado en el Servicio de Información del Gobierno de Su Graciosa Majestad, martilleó más que expuso lo que debía hacer el contramaestre, cuyo rostro denotaba claramente su escasez de agilidad mental:

—El corsario francés Juliot Legars acaba de partir al galope por aquel sendero. Montad a caballo con vuestros hombres y apresadlo con vida. En este mismo lugar, a vuestro regreso, encontraréis furgón cerrado donde esconder al prisionero hasta que lleguéis a la ribera de la tierra de Messina. Partid.

Al galope partieron los cuatro marinos, remontando el sendero, por el que divisaban al jinete que les precedía.

El sendera iba haciéndose cada vez más accidentado. Frank Davis descabalgó muy a gusto, al igual que los otros tres, poco avezados a ejercicio de equitación.

Ocultos entre las breñas, vieron como el jinete que acechaban acababa de penetrar en sombrío edificio, con trazas de cárcel o monasterio.

Distribuyó Frank Davis a sus tres subordinados a lo largo del sendero, por el que forzosamente había de pasar el jinete perseguido cuando saliera del lugar donde había entrado.

Transcurrieron unos minutos.

Frank Davis arrugó la frente, pensativo. Le habían ordenado capturar al corsario. Pero ¿qué debía hacer con, la mujer que llevaba abrazada a lomos del caballo ?

Decidió que aquello incumbía a Milord Fitzroy. Cuando las lazaderas cayesen alrededor del busto del corsario, forzosamente apresarían también a la mujer…

¿Dejarla libre? A lo mejor, Milord Fitzroy, al enterarse, sufriría uno de sus arrebatos de cólera, y el "gato de siete colas" entraría en función con gravé perjuicio de sus propias espaldas.

Revers d'Estoc , ignorante de las dudas que asaltaban al tercer contramaestre Frank Davis, embelesado en la contemplación de

Hermosilla, llevaba al paso a su montura, tanto para hacer más largo el abrazo, como para evitar el peligro que suponía espolear el caballo por aquellos senderos entre riscos.

Uno de los marinos, el que primero estaba en la ruta por donde acercábase la pareja, ondeó con pericia1 la lazadera...

De pronto, Revers d'Estoc advirtió que las orejas de su caballo enderezábanse, a la vez que un corto relincho y un cabeceo indicaban la inquietud del animal, que presentía una oculta presencia próxima.

Cuando silbó la primera lazadera, Revers d'Estoc lanzó el caballo hacia el matorral tras el que se escondía el marino...

Los cascos delanteros de animal chocaron contra el busto del hombre agazapado.

Pero otras tres lazaderas expertamente lanzadas ciñeron apretadamente a Revers d'Estoc y Hermosilla, manteniéndolos en estrecho abrazo, y no forcejeó el joven porque sus gestos arrancaban a Hermosilla gemidos de dolor al hincársele las cordezuelas en los miembros.

La "maniobra" se llevó a cabo con pulcritud, siguiendo las instrucciones de Frank Davis.

Sólidamente atadas las muñecas y los tobillos de ambos, procedieron dos marinos a quitar las lazaderas y amordazar al corsario.

En un francés gutural, Frank Davis repitió las palabras que Lord James Fitzroy le había enseñado para este caso:

—Ningún daño os espera, capitán Legars. Cumplo órdenes superiores; tened la bondad de seguirme.

No había ironía en la fórmula. Revers d'Estoc, imposibilitado para proceder a ninguna acción, cesó de hinchar los músculos en vano intento de romper las ligaduras.

Hermosilla, arrancada bruscamente de su éxtasis, pensó con cierto consuelo que el aspecto de aquellos tres hombres no era el de *bravis* asesinos...

El mismo pensamiento intrigó a Revers d'Estoc , quien, por el acento del que le hablaba, y oyéndose llamar capitán Legars, recordó el "secreto" que, por revelación de su padre, sabía era codiciado por la Armada británica.

Llevando dé la brida los caballos en que iban montados los prisioneros, trabados sus tobillos por debajo de la cincha, los dos marinos alejáronse a la señal de Frank Davis.

El tercer contramaestre del "Belcorn" aproximóse al lugar donde el otro marino yacía.

Arrodillóse, y palpó el tórax del herido.

—Te ha pisoteado el caballo, Jerry—dijo, innecesariamente.

—Sí, señor—contestó, disciplinadamente, el marino, con gran esfuerzo.

—Tienes las costillas rotas, y... no puedes venir con nosotros, Jerry. Te morirías por el camino.

—Sí, señor.

—Te dejaré ante la puerta de aquel edificio, que me parece ser un convento. Te atenderán... ¿Qué hago con tus efectos de a bordo?

—Enviadlos... a mi casa, señor. Gracias...

Frank Davis cargó sobre su hombro al malherido, que, entre gemidos que no podía contener, quedó poco después ante la puerta del Convento patrocinado por Fiorenza Rinaldi.

—Adiós, Jerry. Mala suerte, Jerry. El escribano comunicará a tu gente que hallaste la muerte bravamente y con disciplina. ¡Dios salve al Rey!

—¡Dios... salve al Rey!... Adiós, señor.

Picó espuelas Frank Davis, para pronto alcanzar la pequeña comitiva.

—Aunque sobre un caballo, tú, Anthony, con la señora—ordenó —Tú, Jim, a caballo, y lleva de la brida al del capitán Legars. No deis trote hasta no llegar al sendero ancho. Quiera mi buena estrella que el viaje de retorno al "Belcorn" lo podamos hacer sin contratiempos.

La buena estrella del tercer contramaestre del "Belcorn", Frank Davis, fue favorable al que la invocó.

* * *.

Jeremy MacLean era un escocés de cara aniñada, rojizo pelo ensortijado y robusta musculatura.

Gimiendo, sollozaba, porque sufría horriblemente, y percibía su soledad. Iba a morir como un perro, abandonado ante la cerrada y hostil puerta de un convento.

No reprochaba la actitud de Frank Davis. El tercer contramaestre no hizo más que cumplir con su obligación: él había sido el torpe de dejarse pisotear por el caballo.

"Un marino que en tierra naufraga, será vilipendiado por los de su país."

Jeremy MacLean halló alivio pensando que no sería "vilipendiado", porque el tercer contramaestre del "Belcorn" le había prometido que el escribano emplearía la fórmula honrosa al comunicar a sus pariente:

> "Murió bravamente y con disciplina a bordo de
> nave de Su Graciosa Majestad.
> ¡Dios salve al Rey!"

Y con la aclamación de ritual, Jeremy MacLean percibió el sentido. No pudo darse cuenta de que la puerta se abría, y la propia Fiorenza Rinaldi aparecía en el umbral, acompañada de una criada que llevaba unas extrañas parihuelas. Lo colocaron en ellas sin esfuerzo, porque pasaron bajo sus axilas y corvas los largos palos entre los que había ancha correa.

Y Fiorenza Rinaldi, ayudada por su criada personal, alzó las parihuelas, demostrando que no sólo poseía original y recio temple, sino también sólidos músculos.

# Capítulo V

## TRAS LA PISTA

Lujosamente uniformado con los colores de la Armada del Dux, un oficial penetró en la sala de la “Hostería de San Marcos”.

Conducido por el mesonero, al que apartó con gesto desdeñoso, al verse ya ante Luys Gallardo, hizo un saludo ceremonioso.

—De orden de La Señoría, y cumplimentando la misión que me ha sido confiada, tengo el honor de manifestaros, señor, que vuestra nave se halla anclada en el estanque ducal del puerto de Fusina.

—Agradezco la noticia, señor oficial.

Tendió el marino un grueso rollo de pergaminos.

—Son éstas las credenciales y documentos que os permitirán salir libremente y navegar sin tropiezos por el Adriático. Constituyen raro privilegio, y tienen vigencia durante seis días, a partir de esta fecha en que tengo el honor de saludaros.

Y, uniendo la acción, a la palabra, el oficial hizo una reverencia, y con paso arrogante abandonó la sala.

Su actitud había sido clara exposición de cuanto había expresado el mismo Dux.

Venecia agradecía, pero siempre desconfiaba, aun de los mismos que les hacían obsequios.

Luys Gallardo, con su habitual indiferencia, recorrió con la vista los documentos, escritos en estilo pomposo.

De pronto, pestañeó sorprendido al leer uno de los párrafos del documento, cuyo encabezamiento rezaba:

> *“Instrucción para el capitán de la nave acogida a la benevolencia de cuantos oficiales de la Armada veneciana la visiten.*
>
> "Cristóbal, Colom, natural del caserío de da isla de Mallorca llamado “Génova”, el cual está procesado en rebeldía por nuestra autoridad, y condenado a la pena de muerte, según consta en acta judicial elevada en el año 1489, ratificada por posterior sentencia emitida con fecha quince de julio del año de mil cuatrocientos noventa y seis...”

Seguían otros nombres célebres, pero ya Luys Gallardo no leía. Sentía espoleada su curiosidad por el afán de averiguar qué razones indujeron al Dux de Venecia a declarar en rebeldía al Gran Almirante y descubridor mallorquín, que había conquistado para su

patria un Nuevo Mundo.

Y, sonriendo, meditó, que, más generosa, España no había nunca reclamado contra el cartógrafo italiano Américo Vespuccio, al cual se atribuían descubrimientos que nunca hizo más que imaginativamente, valiéndose de informes de navegantes españoles.

Pero por el instante lo que le empezaba a inquietar era la tardanza en el regreso de Revers d'Estoc y Hermosilla.

Enrolló de nuevo los documentos, y se dispuso a ir al encuentro del capitán Juliot Legars, que dijéronle había salido en su busca hacia la taberna de Giorgio Facchino.

* * *

Octavio Steno, Dux de Venecia, considerábase un hombre justo, en quien debían considerarse como cualidades el ser severo y receloso.

Amaba su ciudad natal con una pasión fría y reflexiva, y por ella era capaz de todos los sacrificios y crímenes.

Al atardecer del mismo día en que fuera ejecutado públicamente Gino Mancini, repasaba un libro cuyo contenido inestimable habíale valido muchos triunfos.

Esa la relación de personajes "a toda prueba", que, ocupando muy diversos cargos y opuestas profesiones, perteneciendo a todas las escalas sociales, eran fidelísimos servidores de la Serenísima.

Por fin dejó abierto el manuscrito por la hoja que decía:

> "Marcantonio, Hijo de Benjamino y Vittoria Columna. Fanático idealista que en repetidas ocasiones ha demostrado un valor inteligente y sereno. Poeta apreciado, es profundo conocedor dé cosas de mar..."

Media Hora después, Marcantonio Columna penetraba en el salón particular donde el propio Dux le esperaba.

Era un hombre de treinta años, de facciones irregulares, pero atractivas, de natural elegancia.

Para quien no hubiera leído el informe, Marcantonio Columna representaría un apuesto aristócrata, amante de galanteos y frivolidades.

El Dux abordó rápidamente el motivo que le había hecho llamar a su visitante:

—Podéis rendir a Venecia un gran servicio, ser Marcantonio.

—Es mi anhelo más ferviente, Excelencia.

—Aquí tenéis relación escrita, que quemaréis cuándo os hayáis percatado dé lo que contiene. Hace referencia a un español. Un trovador llamado Luys Gallardo, demasiado caballero para Ser un

simple trovador. Ha, prestado un gran servicio a Venecia, y por esta misma razón ha sido recompensado cumplidamente. Entre los privilegios que ha obtenido por su meritoria acción, figura el de haberle sido otorgada la salida de los Fosos del capitán corsario francés Juliot Legars, que, al parecer, es gran amigo suyo. Consta en mis archivos secretos una información que asevera que el capitán Legars posee un ingenioso medio, que era el que le dió antaño triunfos contra flotas numerosas.

Hizo una pausa el Dux, que era hombre que gustaba de oírse hablar, y prosiguió:

—Cuanto inventa el hombre para matar a sus semejantes, progresa rápidamente. No obstante, en este caso, parece ser que el capitán Legars guardó celosamente su secreto, y es temple que ni por el tormento revelaría lo que tanto nos gustaría poseer. Os encomiendo misión especialísima. Ved el modo de granjearos la confianza y amistad del señor Luys Gallardo, usando procedimiento que...

Por espacio de media hora más que duró la entrevista, quedó bien estudiada en todos sus puntos la misión por la cual Marcantonio Columna trataría de arrancar al capitán Legars su codiciado Secreto.

* * *

—Hace ya más de cinco horas, don Luys, que mi hijo debería estar de regreso.

—Comprendo vuestra inquietud, capitán Legars. El señor Facchino, gran autoridad y gran conocedor de las turbulentas aguas venecianas, está de acuerdo en acompañarme hacia el convento Rinaldi. Mientras, vos, capitán, con Bruyant y sus hombres, y vuestros dos fieles lobos de mar, tomad en mi nombre y con estos documentos posesión del “Dardo”. ¿Os parece bien, capitán Legars?

—Cuanto decidís, siempre es en beneficio ajeno, don Luys— aceptó, con agrado, el francés.

Bembo, alborozado, partió a ensillar las monturas.

Giorgio Facchino tranquilizó los ánimos inquietos de Legars, Cayo y Policarpo, manifestando:

—Juliot Legars, hijo, y la señorita, no creo hayan sufrido ataque alguno de la gallofa veneciana. Puede haberles sucedido un sencillo contratiempo, dada la natural inclinación a que son propensos los enamorados a distracciones.

—¡Castañeta!... ¡Qué bien habla mi compadre desde que ha heredado un castillo! Yo quisiera pedirte un favor muy señalado, don Luys.

—Di.

—Acompañante. Quisiera conocer ese curioso centro de reclusión de damitas alegres.

—Tal vez no lleguemos a los dominios de madona Rinaldi. Pero como sé que el señor Facchino se complace en tu compañía, acepto..

Partieron hacia la abrupta montaña donde se elevaba el antiguo monasterio, Luys Gallardo, Bruyant y Facchino, seguidos por Bembo.

Juliot Legars, tranquilizado, dirigióse hacia Fusina, al otro margen de la Gran Laguna.

Y sentíase de nuevo el famoso corsario, aunque su tripulación fuera tan escasa como la compuesta por Frambuesa, Respingón, Vinagre, Cayo y Policarpo.

Y mientras las dos pequeñas expediciones dirigíanse la una hacia la sede de la monástica mansión de Fiorenza Rinaldi y la otra hacia el estanque donde recalaba el “Dardo”, el tercer contramaestre, Frank Davis, recibía adecuadas instrucciones para conducir a sus dos prisioneros hacia el “Belcorn”.

Nada presagiaba en el tranquilo atardecer la próxima tragedia, que iba a constituir una de las secretas e históricas epopeyas de la pugna humana por conseguir la supremacía en la posesión de nuevas y cada vez más mortíferas armas, que jalonaban el camino del mal llamado Progreso, con inmolaciones continuas al reverenciado Marte.

PRÓXIMO EPISODIO:

“EL ÚLTIMO BESO”